

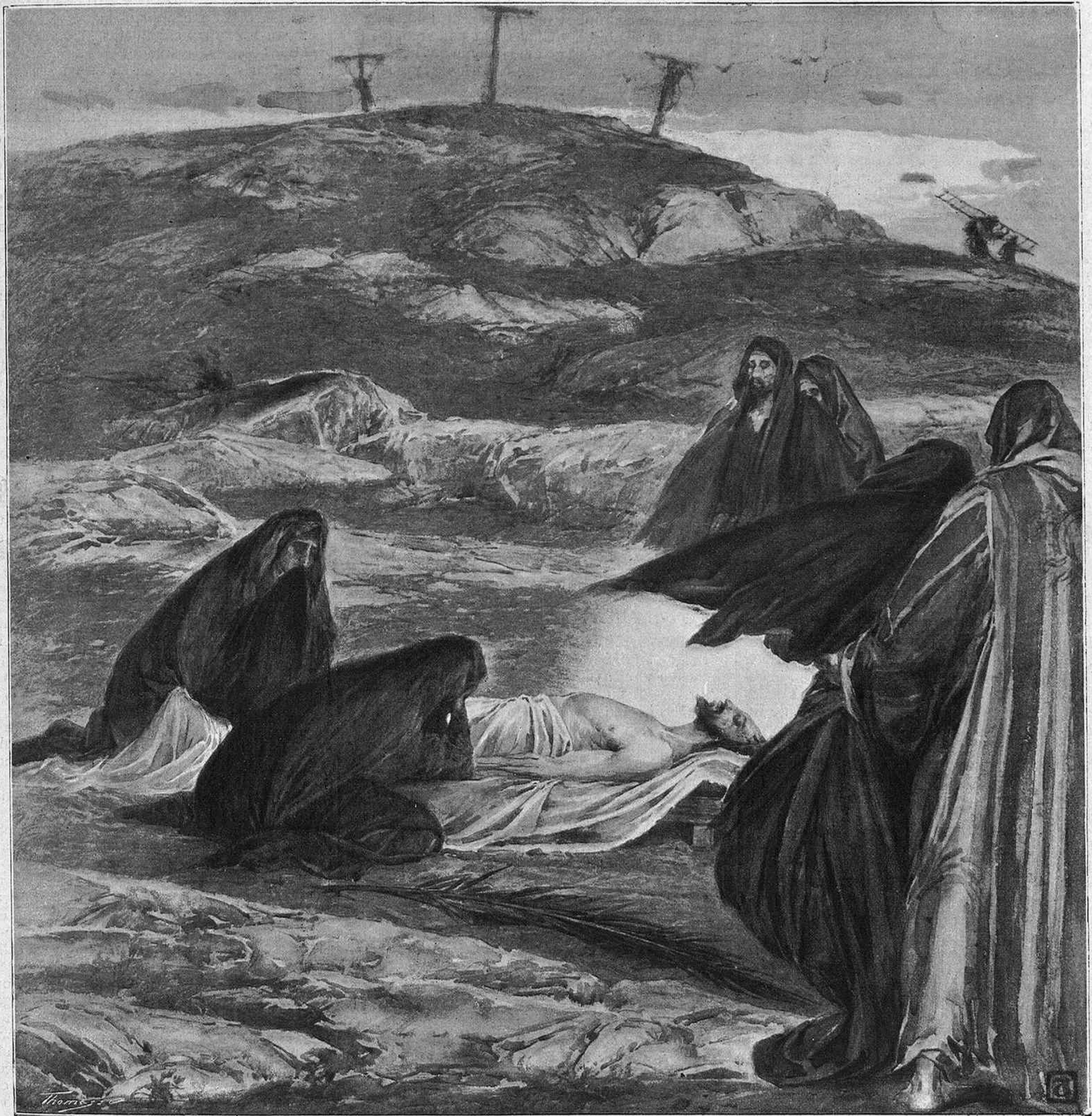
La Ilustración Artística

AÑO XVIII

← BARCELONA 27 DE MARZO DE 1899 →

Núm. 900

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ENTIERRO DE JESUCRISTO,

dibujo de José Triadó

ADVERTENCIA

Con el presente número de «La Ilustración Artística» repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie correspondiente al presente año. Este tomo es el primero de «La vida en la América del Norte», por Pablo de Rousiers, obra escrita según un plan completamente nuevo y que ha obtenido en Francia y en todo el mundo literario un éxito por demás brillante.

El libro de Pablo de Rousiers es un estudio serio y a la vez ameno del modo de ser de la República norteamericana, no habiendo escapado a la investigación del autor nada de cuanto ha visto en su minucioso viaje por el territorio de los Estados Unidos: todo ha sido por él profundamente observado, clasificado con admirable método y descrito con suma fidelidad.

De Rousiers no impone al lector su criterio: no hace más que exponer ante sus ojos los datos que ha recogido para que el lector juzgue por sí mismo.

El tomo que repartimos va ilustrado con profusión de grabados, reproducciones de fotografías hechas expresamente para esta obra.

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Federico Geselschap*. - *La oración de Semana Santa (cuento)*, por Emilia Pardo Bazán. - *Frases populares*. - *¡Es una esfinge!*, por Lope Barrón. - *Ferrocarril de Linares a Almería*. - *Nuestros grabados*. - *Miscelánea*. - *El pasadizo secreto*, novela ilustrada (continuación). - *La producción artificial de las perlas en los haliotis*, por L. Boutan. - *El submarino «Gustavo Zedé»*.

Grabados. - *El entierro de Jesucristo*, dibujo de José Triadó. - *El pintor alemán Federico Geselschap*. - *El loco y el sabio*. - *La adoración de los pastores*, cartones de Federico Geselschap. - *Jesucristo y la Magdalena*, cuadro de A. Hacker. - *Jesús curando a los enfermos*, cuadro de Gebhard Fugel. - *Ferrocarril de Linares a Almería. El viaducto del Salado. Operación de correr uno de los tramos del puente sobre las pilas tras*. - *Vista del puente tendido*. - *El viaducto del Salado visto desde el lecho del río*. - *La paz sea con vosotros*, cuadro de Erwin Kusthardt. - *Madrid. El marqués de Villamejor. Entierro del marqués de Villamejor. Llegada de la comitiva fúnebre a la estación del Mediodía*. - *El novelista francés Emilio Erckmann*. - *Fig. 1. Laboratorio de Roscoff*. - *Fig. 2. Depósitos de agua en el laboratorio de Roscoff*. - *Fig. 3. Concha que contiene una perla*. - El submarino francés *Gustavo Zedé* en la superficie del agua. - *Cartón para el cuadro «La Paz»*, destinado al Arsenal de Berlín, obra de Federico Geselschap.

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

La Semana de los Dolores. - Consideraciones sobre la Pasión de Cristo. - Reflejo de la Pasión en el pecho de María. - Noticias dadas por los cuatro evangelistas sobre los últimos días del Salvador. - La Virgen Madre al pie de la Cruz en el evangelio de San Juan. - Palestina y Galilea. - Jerusalén. - Sus tristezas. - Conclusión.

Estamos en la Semana de Dolores. La tristeza del templo y el velo de los altares nos mueve a volver los ojos hacia la Pasión de Cristo reflejada en el corazón de su divina Madre. Entre las terribles señales de nuestro tiempo, ninguna tan verdaderamente infausta como la curiosidad insana que se apodera del público indagando con preferencia los actos animales, privados, particularísimos de un grande hombre, todos ellos pasajeros y circunstanciales, más que las ideas y los afectos eternos, únicos factores interesantes, así a la ciencia como a la historia. Embargada la inteligencia de los evangelistas por la divina misión del Salvador, no refieren de su vida particular sino aquello que se necesita para la correlación estrecha con sus vocaciones y con sus fines. Así nos presentan poco, muy poco, la familia de Jesús. Pero la fe cristiana y la tradición universal y el sentimiento de todas las generaciones han suplido este silencio, evocándonos la Madre del Salvador con mayor frecuencia y muchas más veces que a la hora de su apostolado y de sus triunfos a la hora de su pasión y de su muerte. Acércase a más andar ésta. El pueblo, tornadizo y voluble, se alza contra el Galileo, a quien recibiera como un Mesías el Domingo de Ramos. Las gentes farisaicas, en Jerusalén innumerables, comunicanse unas a otras lo dicho por aquel tribuno, que se presenta en su increíble soberbia como Hijo de Dios, y promete derribar el templo de Jehová con una palabra tan sólo y reedificarlo a los tres días. La clase oficial romana oye con menos interés lo relativo al profeta, por haberlos muy numerosos y muy frecuentes en toda Palestina, incendiada por el mesianismo universal. Pero sabe que Jesús ha dicho algo, lo cual no cree bueno, de tributos al César, y

algo de su regia dignidad personal. Desmayan los mismos discípulos, tan ufanos cuando las palmas y los ramos de oliva saludaban a su Maestro, y tan abatidos cuando le amenazan los rayos del Sanhedrín judío y las lanzas del pretor romano. Pedro se apercebe a negar, Judas a vender; y en medio de tantas angustias, el Salvador llora lágrimas de sangre, siente agonías mortales, alza las manos al cielo desde aquel Huerto de las Olivas, donde se iniciaban los prodios de su pasión y los anuncios de su muerte, pide la intervención del ángel con Dios para que, si fuera posible, pasase de sus labios aquel amargo cáliz.

* * *

¿Cuál porción de bebida tan acerba le tocó a María? Tamaña pregunta puede contestarse de maneras varias, apelando a los documentos históricos y apelando a la inducción propia. Resultan las noticias referentes al Salvador tan por extremo escasas, que apenas participa María de la pasión y muerte del Hijo en los Evangelios canónicos. Pero si atendemos a lo que nosotros alcanzamos de la naturaleza humana y de su irremediable sino, María padeció más que Cristo y más que Cristo murió en la cruz, porque toda madre centuplica todos aquellos dolores de los cuales son sus hijos víctimas. Sin embargo, los tres primeros evangelistas no aluden siquiera, ni de cerca ni de lejos, a María durante la pasión y la muerte de Jesús. Como hemos hecho en otras ocasiones, y ahora con mayor motivo, copiará nuestra mano en este mismo sitio lo referido por las historias evangélicas. Como todo el mundo sabe, cuatro Evangelios ha consagrado la iglesia y admitido la cristiandad entera, sin diferencia casi de comuniones y de credos. Llamamos primer Evangelio al Evangelio de San Mateo; segundo Evangelio al Evangelio de San Marcos; tercer Evangelio al Evangelio de San Lucas; cuarto Evangelio al Evangelio de San Juan. Todo cuanto sabemos de la muerte del Salvador está contenido en estos libros. De su narración provienen los conceptos que nosotros tenemos hoy del triunfo con que recibieron a Cristo en la Pascua Jerusalén y sus hijos; del dolor en la tristísima velada que presenciaron el monte Olivete; de la cena, que luego nos han transmitido, en cuadros y en sermones inolvidables, la elocuencia y la pintura cristianas; del prendimiento amañado por aquella horrible traición de Judas y del arrojo con que Pedro quiso defender al Salvador por fuerza y espada; del tristísimo envío desde Anás a Caifás, desde Caifás a Pilatos, desde Pilatos a Herodes, desde Herodes nuevamente a Pilatos, en los varios amarguísimos trances; del horror que llena toda la Pasión; del suplicio que remata la redentora obra. Pues bien: ¿cuándo y cómo los evangelistas hablan de la Virgen Madre al relatar la muerte y pasión de su Hijo? Veámoslo.

* * *

San Mateo no dice ni una sola palabra. Consagra el capítulo veintisiete a referir la Pasión, y refiere lo que sigue aquí, en los versículos cincuenta y cinco y cincuenta y seis: «Y estaban allí (en el momento de morir Cristo) muchas mujeres desde lejos mirando, las cuales habían acompañado a Jesús por Galilea y servídole, viéndose entre todas ellas a María Magdalena y a María la madre de Jacobo y de José y a la madre de los hijos del Zebedeo.» Como se observa, ni de pasada menciona San Mateo a la Virgen Madre. Pues lo mismo, exactamente lo mismo, sucede con el Evangelista San Marcos. Este consagra el capítulo décimoquinto a la muerte de Jesús, y tres versículos de tal capítulo a las mujeres, que se llaman del Evangelio, el treinta y nueve, el cuarenta y el cuarenta y uno: «Y también estaban, dice, algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales hallábase María Magdalena y María la madre de Jacobo el menor y de José y Salomé, las cuales, cuando todavía estaba Jesús en Galilea, le acompañaron y le sirvieron. Con éstas hallábanse juntamente otras muchas que habían subido a Jerusalén.» Pues no menciona tampoco a María. San Lucas dedica el capítulo veintitrés de su Evangelio a esta misma narración, y dice por el versículo cuarenta y nueve: «Mas todos los conocidos de Jesús y las mujeres que le habían seguido a una desde Galilea estaban allí mirando desde lejos estas cosas.» Tampoco habla de María. El único en mentarla es el cuarto Evangelio, escrito, como todo el mundo sabe, por San Juan apóstol. Su capítulo décimonono relata la pasión y muerte y sepultura de Jesús. Desde su versículo veinticinco a su versículo veintisiete, Juan habla de la Virgen Madre al pie de la cruz. «Y estaban junto a la cruz de Jesucristo su Madre y la hermana de su Madre, María,

mujer de Cleofás, y María Magdalena. Y como viera el Salvador a la Madre y al discípulo amado, presentes los dos: «Mujer, exclama, he ahí tu hijo.» Después dice al discípulo: «He ahí tu madre.» Y desde aquella hora el discípulo la recibió consigo.» He ahí todo cuanto dicen los Evangelios referente a la presencia de María en el Olivete y en la calle de la Amargura y en la cima del Calvario.

* * *

Imposible comprender la Pasión de Cristo sin explicarnos el sitio donde sucede. Ya no estamos en los rientes valles de Galilea. El desierto arenoso ha sustituido al mar de Tiberiades; la colina, semejante a un semítico sepulcro, a la vegetación multicolor y aromosa. Finjémonos Jerusalén tal como estaba en la hora de aparecer por sus calles Cristo en triunfo. Aún las palmas y laureles yacían por el suelo, aún los vítores por el aire todo resonaban, cuando Cristo lloró sobre aquella ciudad tan triste, prediciendo las desolaciones y las ruinas que le reservaban los tiempos venideros tras su muerte. Las cordilleras dentadas, que las albas del día y los arreboles de la tarde coloraban allá en Tiberiades y Nazareth, hanse desvanecido aquí, sustituidas por torreones que lame un torrente cuasi de cenizas, llamado el Cedrón, y que coronan las lanzas extranjeras. Apriétanse los hogares unos a otros, levantados en grande número sobre las colinas y parecidos en su forma de cubos blancos a cisternas destacadas en cielo azul obscuro. Dos edificios gigantescos dominan la ciudad: uno, que representa su fariseísmo estrecho y riguroso, el templo de su dios Jehová; otro, que representa la monarquía pagana, el palacio de su monarca Herodes. La suma de numerosos y grandes edificios que forma la Sinagoga, palacio, fortaleza, tabernáculo, santuario, compone como una ciudad litúrgica junto a la cual desaparece la ciudad civil. Los muros que la rodean, los varios y diversos circuitos que la componen, los pórticos innumerables del extremo Norte, prestan a la ciudad un aspecto hierático aumentado por el santuario, cuyas agujas de oro semejan corona ó diadema pérsica, como las que llevaban los colosos babilonios y egipcios, puesta sobre la frente de Jerusalén. Cerca del Santuario, mas aparte del templo, domina todos aquellos patios, como una especie de gigante que los vigilara y celase, un cubo enorme, colosal, compuesto de ciclópeos pedruscos, el cual cubo se llama la torre Antonia.

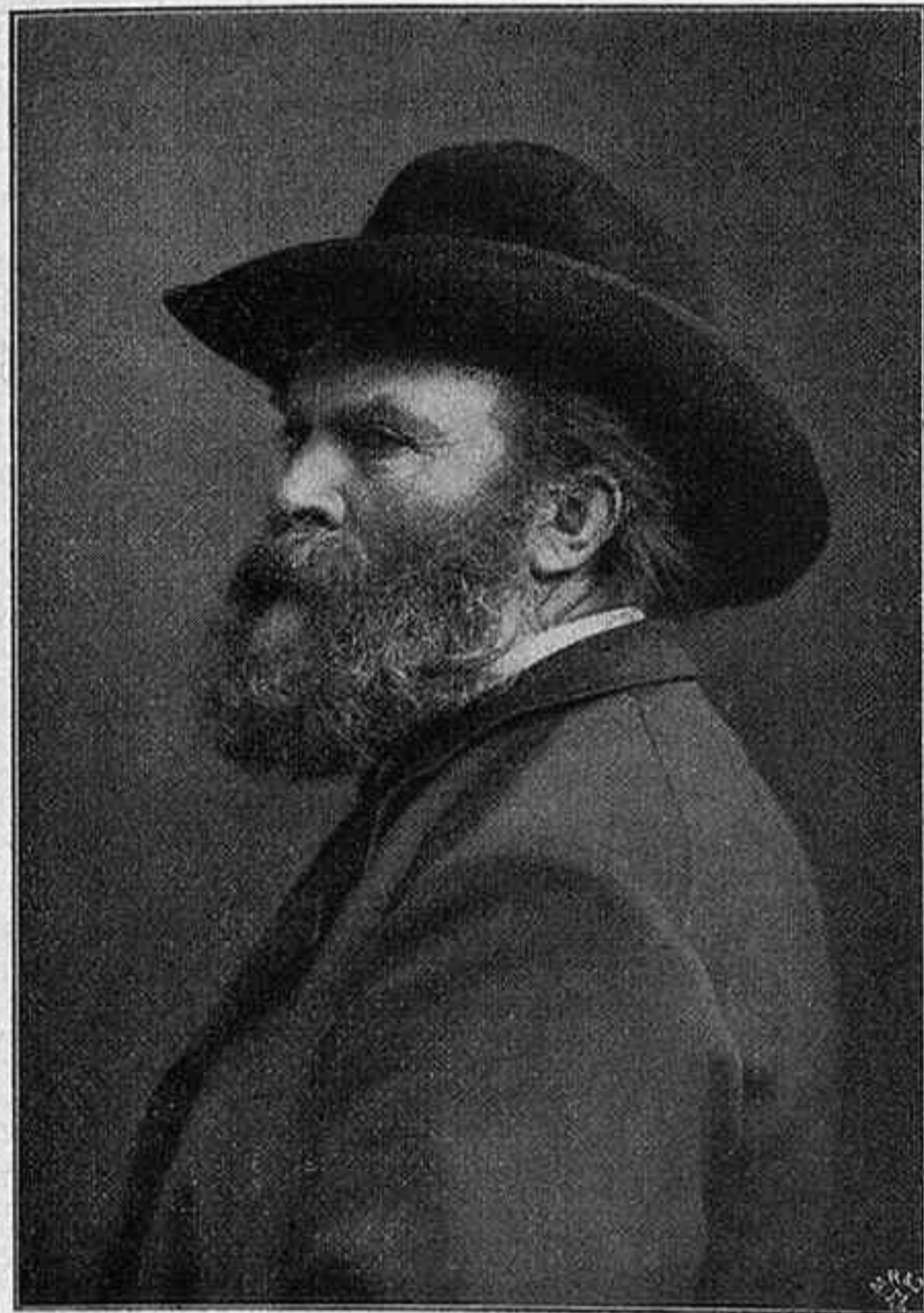
* * *

Murallas tras de murallas, fosos tras de fosos, almenas por todas partes, y sesenta torres parecen como una guarnición distribuida para celar aquel templo, sospechoso, no solamente de suscitar sublevaciones continuas, de suscitar también intensas tempestades religiosas. Las puertas aseméjanse mucho a las puertas de nuestras ciudades feudales, por lo profundas y por lo rematadas en fortines, desde los que pueden sus defensores en lo alto aplastar a cualquiera que las golpee ó asedie. El Calvario, si hemos de creer a los eruditos en geografía palestina, encontrábase por aquel entonces entre la primera y la segunda muralla circunvaladoras de Jerusalén, espacio ríscoso, donde ahora se veía un huerto de frutales en que hallaban los habitantes recreo, ahora una caverna de tierra gredosa en que hallaban sepultura los muertos. Muchos arqueólogos eminentes concuerdan en señalar la entrada conocida con el nombre de puerta de los Rebaños, como el sitio por donde pasó Jesús para ir al jardín del Olivete, sabido escenario de su prendimiento. Un valle profundo separaba la ciudad en que se veía el templo, de la ciudad que se denominó inferior ó baja. La gran plaza de Xistos, la mayor de Jerusalén, se dilataba en ese valle. No hay en la Jerusalén de aquel entonces dentro del muro jardines porque temen sus habitantes el hedor del estiércol, y no hay hornos porque temen sus habitantes a la sofocación del humo. Las calles eran estrechísimas y no se veían en ellas más medios de transporte que asnos y camellos, por desconocidos los carruajes y raras las literas. Las sinagogas eran innumerables. Como el judaísmo a la sazón se dilatara mucho y hubiera en el mundo innumerables asociaciones judías, cada escuela, ó alejandrina, ó cirenaica, ó cilicia, se disputaba la satisfacción de tener allí una representación. Pero todas estas representaciones pasaron y sólo han quedado allí los dolores de María y la Pasión de Cristo, que todos los años provocan las lágrimas y las oraciones de los fieles. Adorémoslos porque a ellos debemos la santa libertad del espíritu y la segura confianza en el cielo.

Madrid, 20 de marzo de 1899.

FEDERICO GESELSCHAP

El celebre pintor alemán que falleció en Roma el año último, nació en Wesel (Bajo Rhin) en 1835: huérfano desde muy niño hubo de trasladarse á Silesia, en donde lo acogieron algunos parientes. Breslau, Dresde y Dusseldorf fueron las ciudades en donde recibió educación artística, y aun cuando estudió



EL CELEBRADO PINTOR ALEMÁN FEDERICO GESELSCHAP

allí con buenos maestros, su estilo especial, que chocaba con ciertos convencionalismos entonces dominantes, proporcionóle poca honra y menos provecho, viéndose obligado para ganarse el sustento á trabajar como un obrero, hasta que el poeta Wolfgang Müller le hizo algunos encargos, con cuyo producto pudo satisfacer su ardiente deseo de realizar un viaje á Italia, en donde el estudio de los grandes maestros del Cinquecento abrió nuevos horizontes á su genio y ejerció decisiva influencia sobre su vida artística. Allí aprendió, como él mismo dice, «que es necesaria la unión de las tres artes hermanas, sin la cual no puede lograrse armonía alguna ni producirse ninguna obra grande, pues no cabe composición grandiosa alguna sin una acertada subordinación de la escultura y de la pintura dentro de la esfera de la arquitectura, arte bella y de excepcional importancia.»

Las grandes victorias conseguidas en aquel enton-

ces por la nación alemana dieron gran impulso al arte monumental y permitieron á Geselschap alentar grandes esperanzas sobre el porvenir; pero estas esperanzas por de pronto no se realizaron, pues si bien, en unión de Bleibtreu, presentó al concurso para la ornamentación del palacio imperial de Goslar algunos bocetos que llamaron la atención de los inteligentes, el jurado no le otorgó la recompensa que todo el mundo creía merecida. Durante algún tiempo hubo de dedicarse entonces á trabajos de importancia relativamente escasa, en todos los cuales apreciábase la noble armonía de las líneas, su conocimiento profundo del valor de los espacios y al mismo tiempo el espíritu monumental de aquel artista, cuyos mejores años transcurrieron en una inactividad que, además de causar honda pesadumbre en el ánimo del pintor, obligóle á vivir con una penuria apenas mitigada por los cuidados y atenciones de algunos buenos amigos.

Aquella situación cesó cuando en 1876 la Comisión de Bellas Artes encargó á Geselschap las pinturas murales de la escalera de la Universidad de Halle y el ministerio de Estado un friso para la cúpula del salón del Arsenal de Berlín, obras en las cuales pudo demostrar, sobre todo en la última, cuán propio era su talento para acometer las más grandiosas composiciones. El resultado de su trabajo fué considerado tan perfecto que el ministerio le encargó inmediatamente la ejecución de las cuatro pinturas que habían de adornar los arcos de aquella bóveda y en las cuales trazó algunas alegorías de la guerra y de la paz de una manera tan vigorosa, con una expresión tan intensa como sólo puede hacerlo un genio lleno de entusiasmo por la misión que le ha sido confiada, que tiene siempre ante sus ojos una idea fundamental, que nunca subordina lo principal á lo accesorio. Geselschap, que se había identificado en Italia con las creaciones de los grandes maestros y desentrañado las maravillas á que éstos dieron vida, consideróse como guardador del tesoro y supo usar de él con verdadera conciencia.

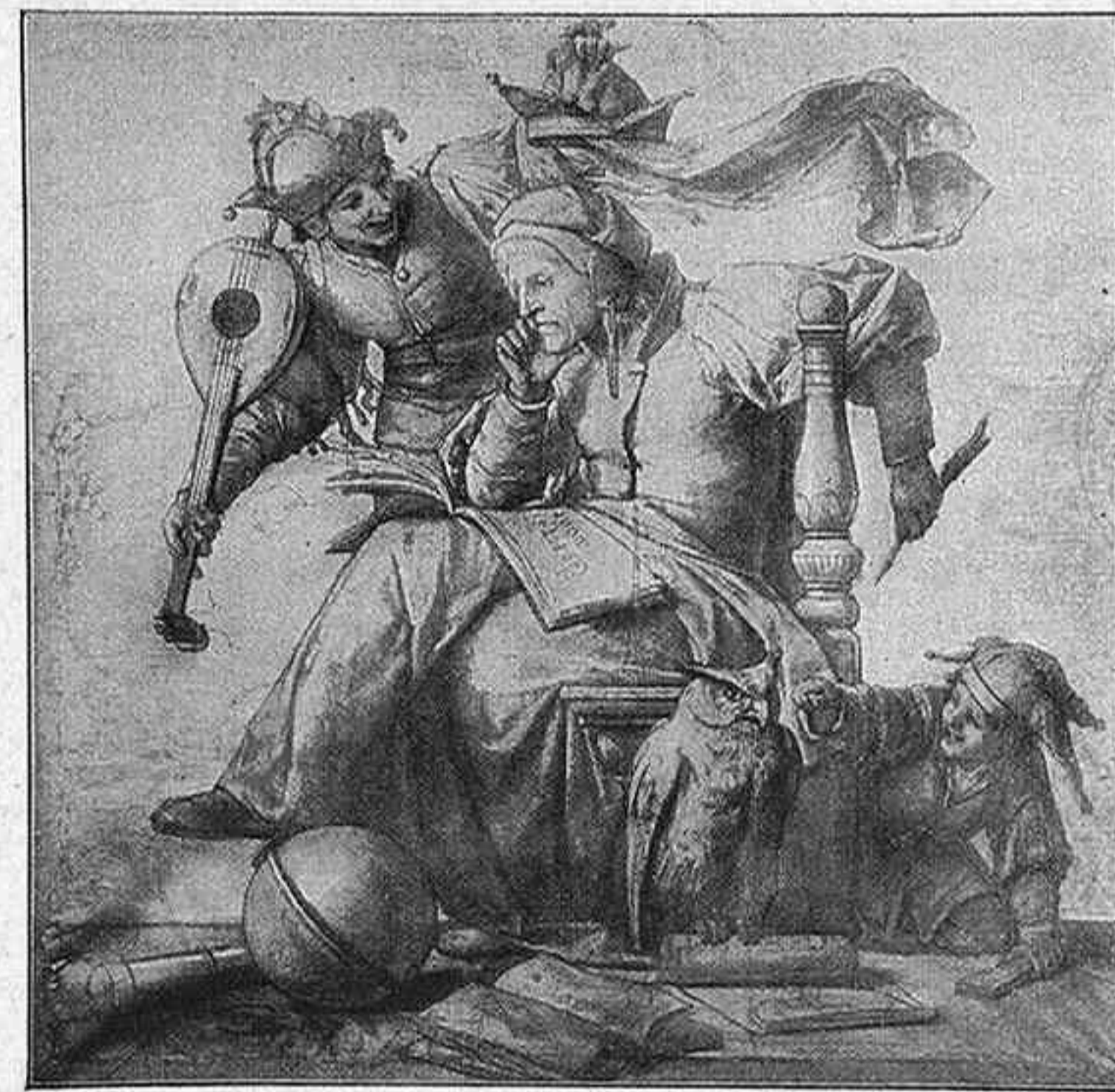
Su anhelo por dar forma al verdadero ideal de belleza era insaciable, y cuando no se sentía con fuerzas para alcanzar por sí mismo ese ideal, no vacilaba en inspirarse en aquellos grandes artistas de otros tiempos que lo habían conseguido. A pesar de esto, conservaba toda su personalidad artística, y su subordinación voluntaria á los que como estrellas de primera magnitud figuran en el firmamento del arte nunca significó imitación: quien, como Geselschap, tan magistralmente dibujaba y componía, necesariamente había de mostrarse original, aun inspirándose en los mejores modelos.

Geselschap, sin descuidar el colorido, como lo demuestran la mayor parte de sus pinturas monumentales y algunos de sus cuadros de caballete, revélase

principalmente como artista que domina por completo la forma, y la manera como supo dar vida á un mundo de figuras ideales, si no está al alcance de todas las inteligencias, es prueba de la potencia de su talento para encontrar la expresión á cada una de las ideas abstractas que aquéllas representan.

El año de 1891, en que terminó su obra en el Arsenal de Berlín, marca el apogeo de la carrera artística de Geselschap. Poco después, una grave enfermedad le impidió seguir dedicándose al arte con la asiduidad de antes, á pesar de lo cual en muchas ocasiones, postrado en cama, trazó bocetos y pintó cuadros admirables.

Cuando recibió el tan deseado encargo de pintar para una iglesia de Potsdam el ciclo de la vida de Jesús; cuando fué especialmente invitado al concurso para las pinturas de la Casa Consistorial de Hamburgo, y cuando su amigo Schwechten le pidió que pintara algunos cuadros para un templo dedicado á la memoria de Guillermo I, Geselschap, por un esfuerzo supremo de su voluntad recobró sus antiguas energías y creó algunas obras admirables, entre ellas



EL LOCO Y EL SABIO, cartón de Federico Geselschap

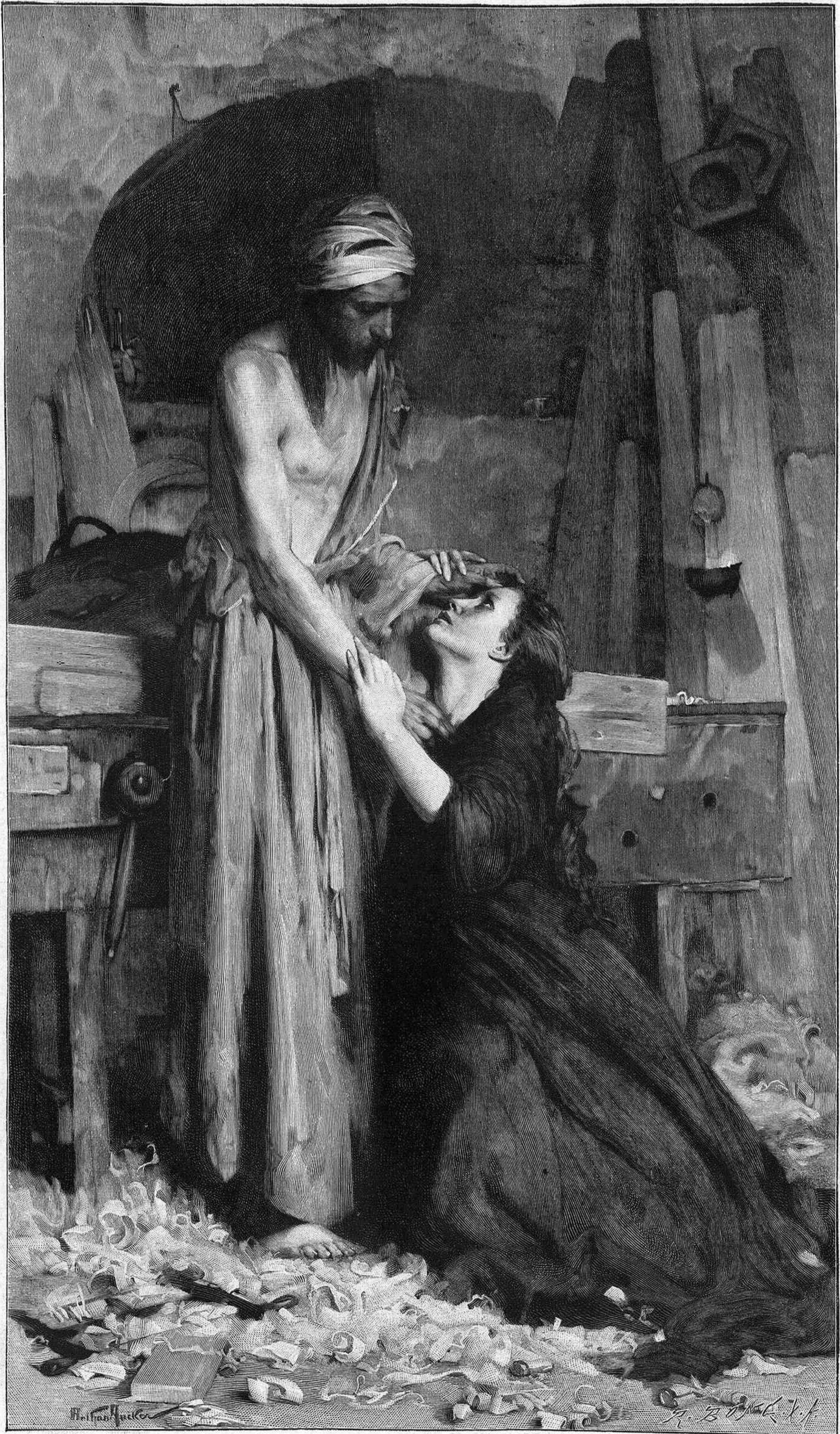
la que le valió ser nombrado miembro de honor de la Academia de Berlín.

Pero aquella resurrección fué poco duradera, y la noticia de su muerte, acaecida en Roma, llenó de luto á sus amigos y dejó vacío uno de los más altos puestos del arte alemán que Geselschap había conquistado con su constante laboriosidad y su preclaro talento. — X.

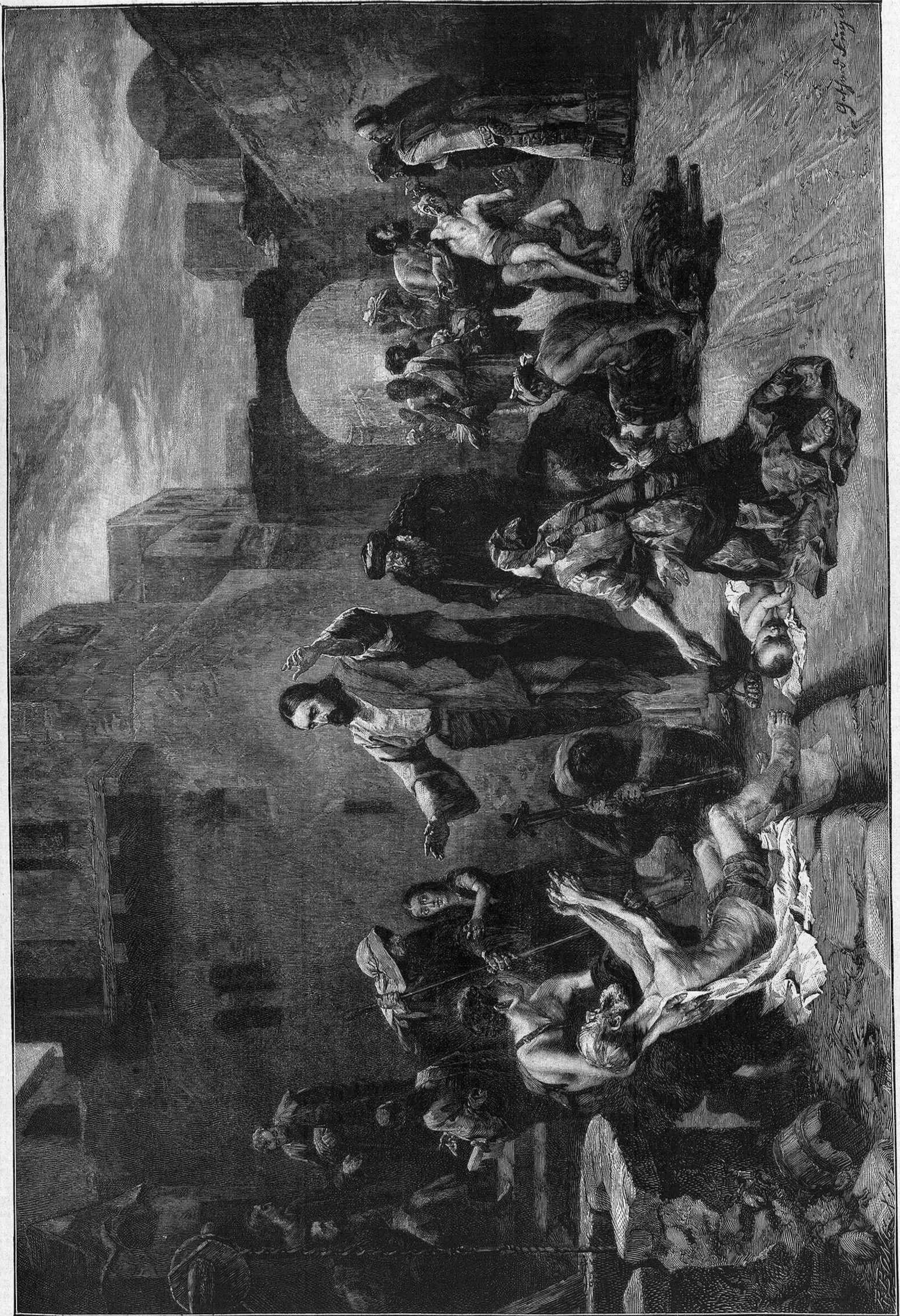


La adoración de los pastores, cartón para un cuadro destinado á una iglesia de Potsdam, obra de Federico Geselschap

MENTIFICON
MA
BIBLI
A



JESUCRISTO Y LA MAGDALENA, cuadro de A. Hacker



JESÚS CURANDO Á LOS ENFERMOS, cuadro de Gebhard Fugel



LA ORACION DE SEMANA SANTA

(CUENTO)

El último sha de Persia, que como todos saben murió á manos de un fanático, tuvo en su historia una página de muy pocos conocida, y yo la ignoraría también á no referírmela una viajera inglesa, de esas mujeres intrépidas é infatigables que registran con emoción y curiosidad los más apartados confines del planeta. Como se las arregló miss Ada Sharpthorn (que así se llama la inglesita) para obtener la confianza y casi la privanza del sha, y penetrar en la intimidad de su palacio y conocer íntimamente á sus allegados, áulicos, cortesanos y generales, es punto de difícil investigación; pero seguramente, al aspirar á este resultado, no se valió miss Ada de ningún medio reprochable, pues compiten en esta valiente exploradora la decencia y pulcritud de las costumbres con la austeridad del criterio moral y la delicadeza de la conducta. Si miss Ada gozó privilegios desconocidos en Persia, debe atribuirse á la tenacidad que sabe desplegar la raza anglo-sajona para conseguir sus propósitos — tenacidad que va haciendo á esa raza dueña del mundo.

Contóme miss Ada el episodio que voy á narrar la tarde del Jueves Santo, mientras recorríamos las calles de Avila visitando Estaciones. En aquellas calles que todavía recuerdan por varios estilos la Edad media española, el nombre de Persia sonaba como el de un país fantástico, de juglaresca leyenda ó de romance tradicional; costaba trabajo admitir que existiese. Quizás la misma *irrealidad* de Persia en la pacífica atmósfera de la ciudad teresiana, acrecentó el interés de los extraños recuerdos de viaje que evocaba miss Ada, y que intentaré trasladar al papel sin alterarlos.

«Nasaderino — empezó la inglesa — era un monarca absoluto, á quien sus vasallos llamaban *sombra de Dios*, y que disponía de haciendas y vidas, con dominio incondicional. No sé si ahora se habrá modificado el régimen interior de Persia; entonces — y son épocas bien recientes — no había allí más ley que la omnimoda voluntad de Nasaredino. Para mayor desventura de sus súbditos, el sha no conocía el cristianismo, ó por mejor decir, no quería conocerlo, ni permitía que se propagase en sus Estados opinión alguna que se apartase del código de Mahoma. Quizás comprendía que Cristo nuestro Señor es el verdadero enemigo de los déspotas, y que la libertad y la dignidad humana tuvieron su cuna en el humilde establo de Belén.

«Esta misma intransigencia del sha con nuestra santa religión me incitó á probar si le atraía al terreno de la controversia, á fin de combatir sus errores. Aprovechando la rara amabilidad con que me acogía, me dediqué á razonar con Nasaredino, y buscando el flaco de su orgullo, comencé por pintarle la gloria y prosperidad de naciones cristianas como Francia y la Gran Bretaña, superiores en las mismas artes de la guerra á las naciones sujetas al fanatismo musulmán. Mis argumentos parecían hacer mella en el monarca; á veces le vi quedarse pensativo, acariciando la negrísima y puntiaguda barba, con los rasgados ojos de pestañas de azabache fijos en el punto imaginario de la meditación. No era un necio; ciertas ideas le movían á reflexionar; ciertos problemas se le imponían á pesar suyo, al través de su oriental indolencia y su soberbia de dueño de muchos millones de seres humanos. — Despaciosamente, en correcto inglés, solía, transcurrido un rato, contestarme, no sin alguna inflexión de desprecio en su voz grave y timbrada:

— «Jamás me convenceré de que sean heroicas y viriles naciones que se postran ante un Dios humilde, muerto en un suplicio afrentoso. El gran atributo de Dios es *el poder y la fuerza*. La única explicación que encuentro á ese enigma es que vuestras naciones se llaman cristianas sin serlo realmente, y cuando funden cañones y botan al agua barcos blindados, niegan á su Dios con los hechos, aunque le reconozcan con la palabra. Y porque lo niegan han logrado el predominio que ejercen. Si se atuviesen á la letra de su fe, como nos atenemos nosotros á la nuestra, nosotros les pondríamos la planta del pie sobre la garganta.

«Al hablarme así Nasaredino, dejábame confusa. Pertenezco á las *Ligas* del desarme y de la paz universal, y confío más en la energía del amor y de la fraternidad, que en todos los ejércitos de Europa reunidos. Mas ¿cómo hacer entender la verdad á un bárbaro, y á un bárbaro que se cree un semidiós? Sin embargo, lo intenté. A mi manera, empleando los razonamientos que me sugirió la convicción, le dí á entender que la misma fuerza material necesita fundarse en la moral, y que sin base de derecho y razón

se derrumba toda soberanía. Y pasando á tratar de nuestro Dios, le afirmé que precisamente el haber sufrido y muerto como murió fué esplendorosa muestra de su ser divino. El sha, moviendo la cabeza, me contestó entonces esta atrocidad:

— «De esa misma manera que pereció tu Profeta, sucumbe todos los días alguno ó muchos de mis vasallos. Y ni aun así conseguimos acabar con la perniciosa secta de los *babistas*, cuyas doctrinas se asemejan á las de vuestros Evangelios.

«Lo confieso — exclamó miss Ada al llegar á este punto: — tan horrible declaración me trastornó, y estuve á pique de prorumpir en invectivas contra el tirano. Me reprimí trabajosamente, y Nasaredino, de pronto, como si se hubiese olvidado del giro de la conversación, me anunció que al día siguiente se verificaría una representación teatral en los jardines de palacio, y que me convidaba á ella.

«Son estas funciones dramáticas espectáculo favorito de los persas, y todos los viajeros las describen: se celebran de noche, á la luz de los farolillos y linternas y de las hachas encendidas, y el telón de fondo lo da hecho la naturaleza: una cortina de árboles, un macizo de flores, una fuente, un ligero kiosco, constituyen la decoración. Habituada á asistir á tales funciones, me sorprendió sin embargo el aspecto del escenario y el golpe de vista del concurso. En primer término, sillones para el sha y los altos dignatarios; detrás, la servidumbre, la multitud de funcionarios y parásitos que pululan en el palacio infestando sus galerías, claustros, patios y salones. A la izquierda, una especie de tribuna ó palco cerrado por rejas de madera dorada y pintada de colorines — desde la cual presenciaban la función, ocultas á los ojos de todos, las esposas de Nasaredino. — Con extrañeza noté que no se había invitado á ningún diplomático; la única extranjera, yo. Mi sillón, colocado muy cerca, aunque un poco atrás, del del soberano, era un puesto altamente honorífico.

«Al empezar la representación, desde las primeras escenas percibí un estremecimiento. Yo no podía entender el idioma en que se expresaban los actores, y que es una especie de dialecto persa muy literario y arcaico — el habla misma, bella y sonora, que empleó el poeta Firdusi; — pero aun sin inteligencia de las palabras, me parecía darme cuenta del sentido, y hasta creía que era familiar para mí, como algo que hubiese escuchado mil veces, y otras tantas llevado en mi corazón. Las escenas del drama me recordaban cosas íntimas, vistas por decirlo así al través de un vidrio turbio y roto que desfiguraba los objetos, alterando sus colores y rasgos sin ocultarlos enteramente. — Al final del primer acto (llamémosle así; la transición consistía en extender un riquísimo paño por delante del escenario y dejarlo caer á los cinco minutos), y mientras nos presentaban amplias bandejas cargadas de golosinas, refrescos y sorbetes, de súbito vi claro: el asunto del drama no era sino la vida de Jesucristo, interpretada á estilo persa.

«Se apoderó de mí una tristeza involuntaria. Temía una profanación, una burla, cualquier desmán que hiriese mis sentimientos y que hasta pudiese obligarme á faltar al respeto al monarca levantándome y retirándome. En voz baja le pregunté si creía que me sería posible permanecer allí; y el sha, con lenta inclinación de cabeza, me tranquilizó; después, volviéndose hacia mí, murmuró seriamente, con toda su oriental majestad:

— «No temas ofensa alguna para tu fe, ni para tu gran Profeta.

«En efecto, las páginas principales de la sagrada Vida iban desarrollándose más ó menos ingenua y peregrinamente interpretadas, pero con profundo sentido de veneración y de simpatía hacia el Salvador de los hombres. Jesús aparecía niño, jugando en el atrio del templo; después le veíamos predicar á las multitudes; presenciábamos la tentación en la Montaña, el diálogo con Eblis, genio del mal, y por último, en el tercer acto, penetrábamos de lleno en el drama de la Pasión, al ser preso Jesús en el Huerto, no sin que se trabase ruda y encarnizada batalla entre los discípulos y los sayones, que todos iban armados hasta los dientes, con kanjiaras, puñales, pistolas inglesas y espingardas, y dispararon hasta agotar la pólvora, siendo esta parte de la función, gracioso anacronismo, lo que más parecía entusiasmar al auditorio. Era indudable que el papel de traidores lo desempeñaban los enemigos de Jesús, lo cual se trasladaba hasta en el modo de vestirse y de caracterizarse los actores, siniestros y feroces, antipáticos de veras.

«Al principiar el acto cuarto, que debía ser el último, el actor que desempeñaba el papel de Jesús apareció atado á una columna de jaspe, y empezó la escena de la flagelación, cosa que desde el primer instante me crispó los nervios. Supuse que se trataba de un juego escénico, pero así y todo salté en el asiento y

me tapé los ojos con el pañuelo disimuladamente. Era el actor un hombre joven, como de unos veintiocho años, de noble tipo semítico; llevaba los negros cabellos crecidos y partidos en bucles, y en la escena de la tentación, dialogando con Eblis, había tenido acentos llenos de dignidad, de desdén y de dulzura, conmovedores hasta para los que no entendíamos los conceptos. Ahora, amarrado á la roja estela, con el torso desnudo y el rostro respirando un entusiasmo misterioso, una sed de sufrir, revelábase sin duda como un trágico genial — tanta era la verdad de su ficción, la expresiva fuerza de su actitud. — Por lo mismo no quería verle: me conmovía demasiado. El silbido de las cuerdas y de los látigos rasgó el aire; escuché cómo sonaban al herir la carne viva, y hasta oí un sofocado gemido, gemido que semejava involuntario... Y la voz del sha, su acento de mando, grave y sin embargo cortés, me obligó á atender á pesar mío, diciéndome en inglés, con irónica entonación:

— «No te niegues á mirar. Lo que sucede ahí no es farsa, sino la realidad misma. Persuádate de lo fácil que es padecer resignadamente y hasta con gozo. El papel de tu Profeta lo está desempeñando un *babista* condenado á muerte... Ya le verás crucificar después.

«El grito que exhalé debió de ser terrible; como que se detuvieron los verdugos, y Nasaredino me fulminó una ojeada severa, tétrica, imponente. Otra mujer se hubiese acobardado; pero una inglesa, en caso tal, saca de su orgullo de raza y de su cristianismo fuerza bastante para no arredrarse aunque se le viniere encima el mundo. No sé lo que dije al sha: primero creo que le anuncié una cruzada de las naciones civilizadas contra sus reinos y su poder, y le vaticiné venganzas humanas y cóleras del cielo; mas como el tirano permaneciese impenetrable y aún firme y aferrado á su crueldad, una inspiración me sugirió que la causa de Jesús ha de sostenerse por medio de la piedad y de las lágrimas, y arrojándome de súbito á los pies de Nasaredino, cogiendo sus manos llenas de anillos magníficos, las besé, las mojé con llanto, las sujeté, las apreté, hasta que una voz á mi parecer descendida del cielo murmuró casi en mis oídos:

— «Levántate, extranjera. Serás complacida. Te regalo la vida de ese perro.

«No sé lo que respondí. Debieron de ser extremos de júbilo tales, que el grave y pálido rostro del sha se iluminó con una fugitiva sonrisa, y su mano derecha, salpicada de mi lloro que resplandecía sobre las sortijas de piedras, se extendió en imperativo ademán, comprendido instantáneamente por los que torturaban al desdichado, ya cubierto de sangre. No era sólo la vida, era la libertad lo que le otorgaba aquel gesto mudo, y en el exceso de mi alegría, echéme á llorar otra vez...»

Al llegar aquí guardó silencio la inglesa, y yo sólo acerté á preguntar:

— ¿Y qué fué del hombre á quien usted salvó?

— Ese hombre..., balbuceó miss Ada, dos años después... asesinó á Nasaredino... Sí, el mismo, el perdonado... Ya ve usted como no hay en el mundo sino una verdad, que es la verdad de Jesús... Para un cristiano, sería sagrado el hombre que supo perdonar, siquiera una vez. Y yo, desde entonces, particularmente estos días de Semana Santa, rezo siempre por el que me regaló una vida; imploro á Dios como imploré al rey absoluto, que al fin me escuchó y se ablandó... Tal vez sea una ilusión rezar por Nasaredino, pero ilusión que me consuela.

— Y por el matador ¿no reza usted?, interrogué cuando nos detuvimos ante el bello pórtico de la catedral.

— ¡También debo hacerlo!, exclamó miss Ada después de vacilar un instante.

EMILIA PARDO BAZÁN

FRASES POPULARES

¡ES UNA ESFINGE!

Nació Esfinge de la unión de Tifoe y Equidna, bajo la forma de un león alado, poderosas garras de águila y busto de hermosa mujer: esto según la Mitología griega, pues los egipcios la representan de figura de león tendido y con horrible cabeza de hombre ó de morueco.

A propósito del fantástico hijo de Equidna que por capricho del Destino vino á la tierra poseyendo el raro don de expresarse en lenguaje misterioso, se dice que resuelta Juno á vengarse de los tebanos por el asesinato de su deudo Crisipo, sacó á Esfinge del fondo de la Etiopía, donde habitaba, ordenándole colocarse al pie del monte Citherón con objeto de interceptar el camino de la ciudad y devorar á los pasajeros que no descifrasen sus enigmas.



FERROCARRIL DE LINARES Á ALMERÍA. — EL VIADUCTO DEL SALADO. — OPERACIÓN DE CORRER UNO DE LOS TRAMOS DEL PUENTE SOBRE LAS PILASTRAS (de fotografía de López, de Baeza).

Cuando el monstruo anunció por medio de un mendigo su misión á los de Tebas, no faltaron ciudadanos que movidos de curiosidad ó de valor no se presentasen frente á la roca donde Esfinge tenía su guarida; mas como todos perecieran sin conseguir penetrar el sentido de sus palabras, consultó el Senado al Oráculo y éste respondió que no desaparecería el molesto huésped mientras un mortal no adivinase su complicado lenguaje.

Así se hizo público en la ciudad, y para estimular el rey Creon el interés de sus vasallos, ofreció la mano de su hija Jocasta, viuda de Layo, juntamente con el cetro de Tebas, á aquel que redimiese la corte de tan terrible calamidad. Ningún tebano, empero, se brindó á la arriesgada empresa, ni otro que Edipo, fugitivo de Corinto, se presentó al soberano, más bien por amor á la gloria, según con gran sencillez manifestara, que obedeciendo á deseo de recompensa; y despidiéndose del Senado y del pueblo, se dirigió animosamente en busca de la Esfinge, que al verle le propuso este enigma:

Un ser tiene cuatro pies, tres pies, dos pies y una sola voz, y si en algún tiempo varía el número de sus pies, es más débil cuantos más tiene.

A lo que contestó sin titubear el atrevido mozo:

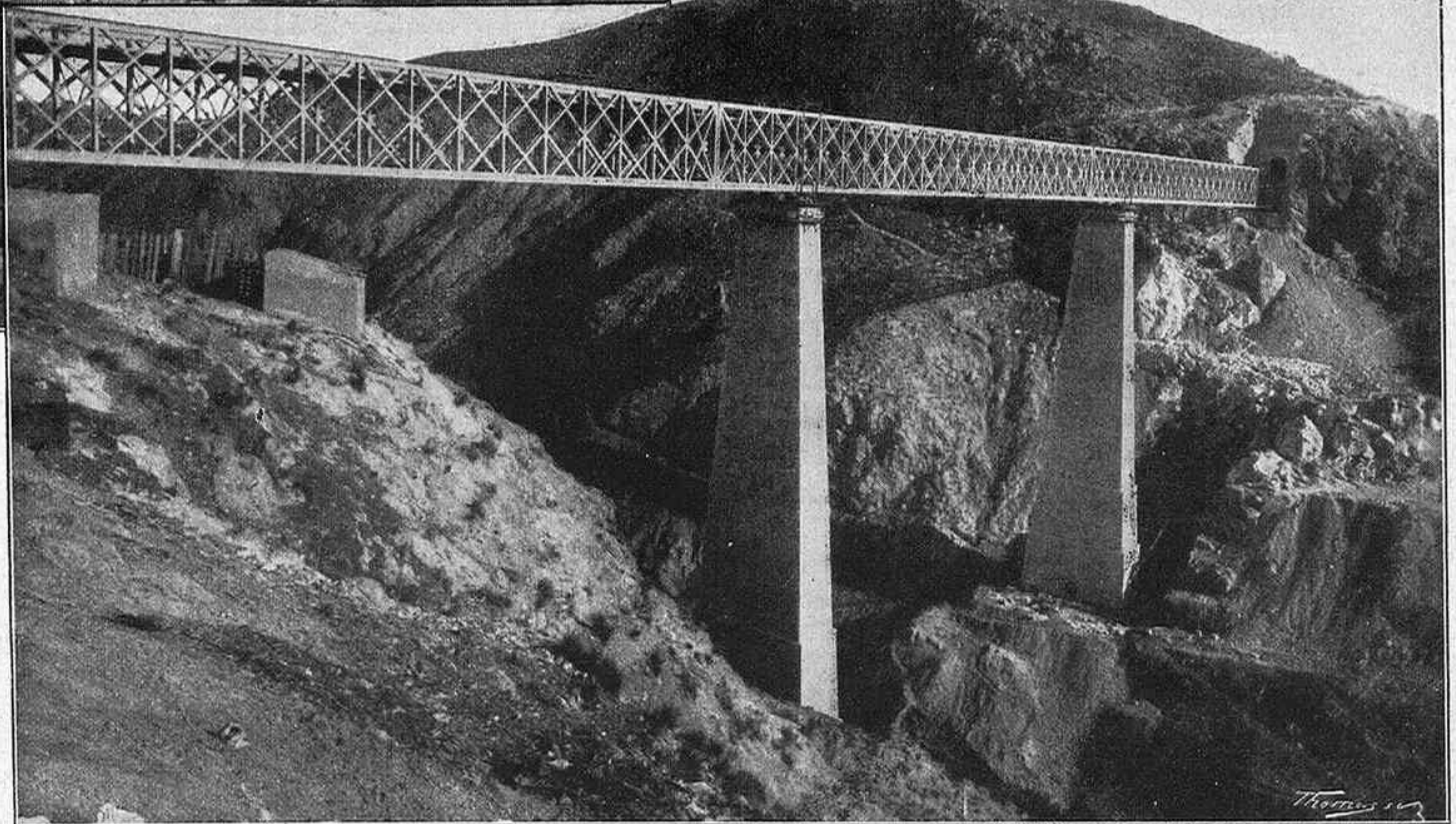
Ese es el hombre, que en su infancia se arrastra en cuatro pies, más tarde se sostiene en dos y á la vejez apoya sus frágiles piernas en un bastón...; oído lo cual por el engendro, se estrelló su cabeza contra la roca, y Edipo regresó á Tebas á cumplir los tristes mandatos de su Destino casándose con Jocasta, que era su madre, según luego declararon varios oráculos.

La frase «es una Esfinge,» que en rigor sólo debería aplicarse á la persona que no se deja comprender sin mucha dificultad, se emplea por extensión para calificar un estudiado mutismo.

LOPE BARRÓN

FERROCARRIL DE LINARES A ALMERIA

El día 12 de este mes inauguróse solemnemente el ferrocarril de Linares á Almería que ha de poner en comunicación directa con el resto de España á una provincia tan abandonada hasta ahora y que por sus riquezas naturales no merecía en modo alguno la indiferencia con que la miraron los poderes públicos. Abundante en minas que encierran verdaderos tesoros, dotada de un suelo fecundo y de un clima benigno que permite los más variados cultivos, y con un puerto de extraordinaria importancia, mentira parece que no cruzara su territorio ni una sola línea férrea, y menester fué que un hombre de claro talento, de poderosas iniciativas y de gran prestigio en el mundo financiero acometiese una obra, cuya feliz terminación constituye para aquella región española uno de los más trascendentales sucesos de su historia y uno de los acontecimientos que mayor y más



EL VIADUCTO DEL SALADO. — VISTA DEL PUENTE TENDIDO (de fotografía de López, de Baeza)

beneficiosa influencia han de ejercer en su porvenir. La gloria de este ferrocarril corresponde, por consiguiente, en su mayor parte, á D. Ivo Bosch, y así se comprende que Almería entera le aclame con entusiasmo, considerándole como el autor de su redención, que ha sabido colocarla en condiciones de esplendor y de progreso.

Hay en este ferrocarril varias obras de importancia exigidas por la naturaleza del terreno que atraviesa, mereciendo especial mención el puente del Alicán, el puente en curva del Andarax y sobre todo el viaducto del Salado, que es digno de ser descrito aparte. Este viaducto ha sido con razón calificado de obra gigantesca: es el mayor que hay en España y el de construcción más atrevida. Está formado por dos pilastras y dos estribos y los cimientos de las primeras miden trece metros, de los cuales cuatro son de hormigón y nueve de mampostería. Las pilastras constan de tres cuerpos fabricados de sillarejo: el primero de doce metros, el segundo de otros doce y el tercero de cincuenta y cinco, presentando la superficie superior de este último las dimensiones de nueve metros de longitud por cuatro de anchura.

La parte metálica la constituyen tres tramos de ciento quince metros de largo y once de alto cada uno. Su peso total es de un millón ochocientos mil kilogramos.

La altura del viaducto del Salado es de 105 metros y su longitud de 345.

Los grabados que en esta página publicamos y que son reproducciones de fotografías que nos ha facilitado el distinguido fotógrafo de Baeza Sr. López, dan mejor idea que cuantas explicaciones pudiéramos exponer de la grandiosidad y esbeltez de este notabilísimo viaducto.

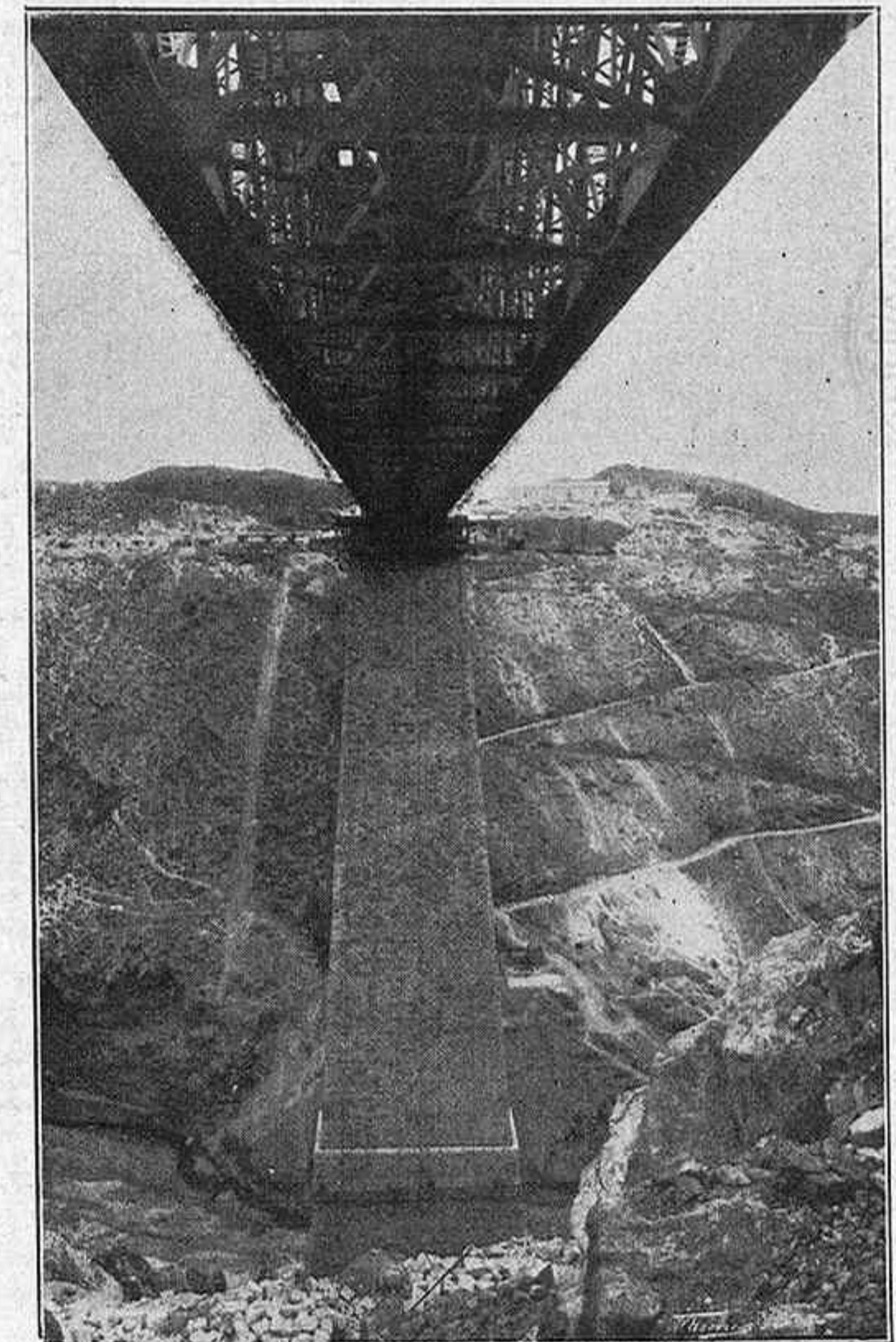
Para solemnizar la inauguración del ferrocarril se han celebrado en Almería extraordinarios festejos, organizados y costeados por el Excmo. Cabildo Catedral, la Compañía de los Caminos de Hierro del Sur de España, la Sociedad Económica de Amigos del País, el Casino de Almería, el Círculo Literario, los comerciantes, industriales y obreros y por el Excmo. Ayuntamiento de aquella capital. Esta lista es la mejor demostración de que toda Almería, todas las clases sociales sin distinción, quisieron asociarse al regocijo producido en aquella ciudad por la llega-

da de la primera locomotora, mensajera del progreso y anuncio de una nueva era de regeneración y prosperidad para la comarca almeriense.

En dichos festejos tomó parte importantísima el orfeón *Catalunya Nova*, que con tanto acierto dirige el maestro Morera. D. Ivo Bosch, catalán de corazón, quiso que compartiese su legítimo triunfo una representación de Cataluña encarnada en aquellos coros, en cuyo repertorio figuran en primera línea nuestras canciones populares y que dondequiera que van llevan consigo algo del espíritu de nuestra tierra. La acogida que al orfeón dispensó Almería fué en extremo entusiasta y cariñosa y el éxito que obtuvo en los conciertos inmenso.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al asociarse al júbilo de que hoy se siente poseída la provincia almeriense, felicítala de todo corazón por haber visto al fin satisfechas sus

justas aspiraciones, y en la persona de D. Ivo Bosch saluda y aplaude con entusiasmo á cuantos han contribuido á una empresa que, si es digna de alabanza

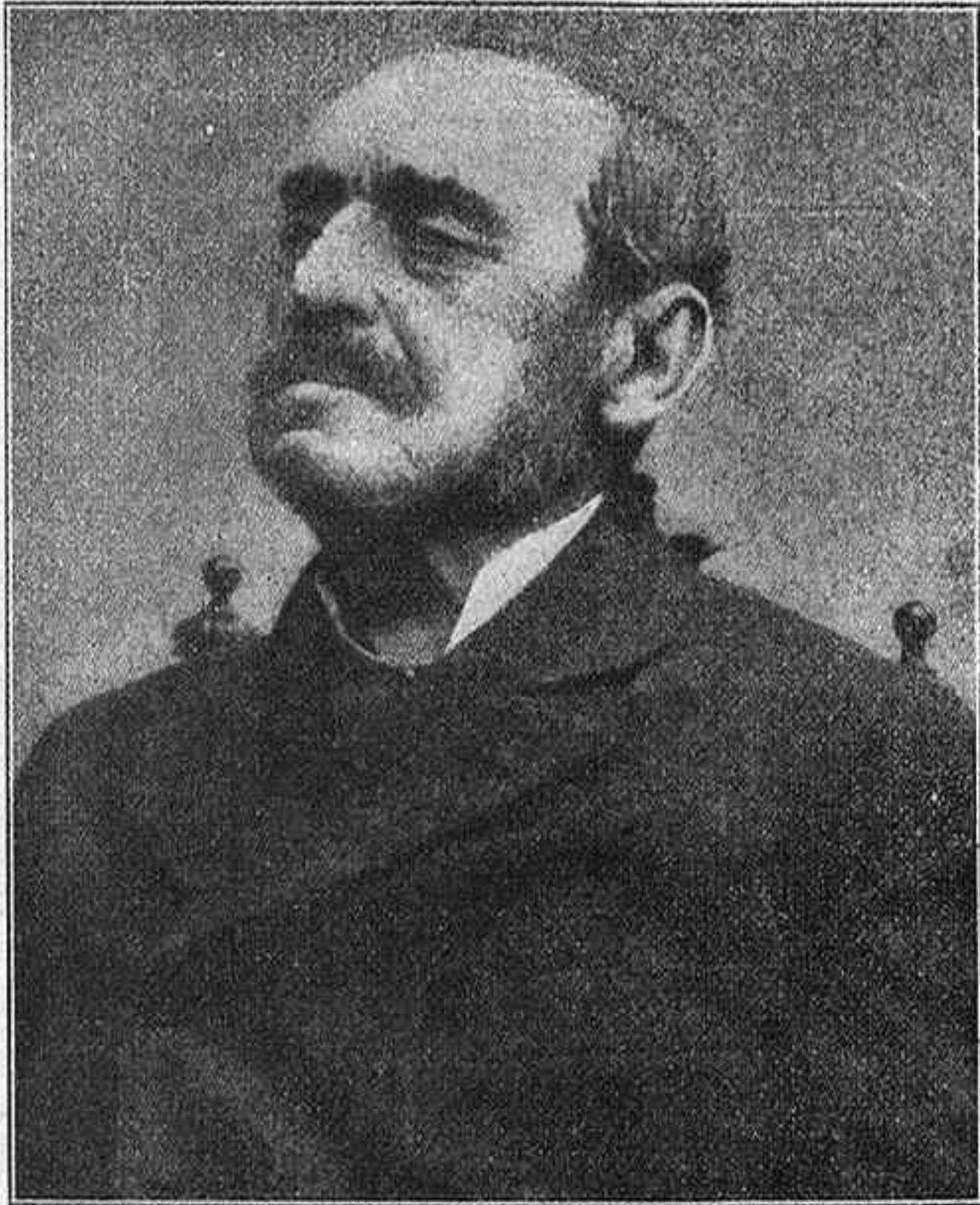


EL VIADUCTO DEL SALADO VISTO DESDE EL LECHO DEL RÍO (de fotografía de López, de Baeza)

por el esfuerzo que supone, no lo es menos por haber evitado para lo sucesivo la vergüenza de que al abrir un diccionario geográfico se encuentre en la palabra *Almería*: «Superficie 8.553 kilómetros cuadrados — No hay ferrocarriles en esta provincia.» — A.



LA PAZ SEA CON VOSOTROS, CUADRO DE HERWIN KUSTHARDT, grabado por Bong (de fotografía de Franz Hanfstaengl, de Munich)



es muy joven todavía, y si tan alto ha llegado en sus primeros pasos por el camino del arte, ¿qué no hay que esperar de él á medida que siga avanzando en su carrera? El dibujo suyo que hoy reproducimos es una nueva demostración de las relevantes cualidades que al artista caracterizan, y que pueden sintetizarse diciendo que sienten hondamente los asuntos, que sabe componerlos con verdadera maestría, armonizando de un modo admirable los distintos elementos de que echa mano, y que los ejecuta con una seguridad, con una corrección y con un vigor propios de los maestros consumados.

Jesucristo y la Magdalena, cuadro de A. Hacker.—Este cuadro del celebrado pintor alemán expresa de una manera intensa la divina influencia que sobre la mujer ejercen las sublimes enseñanzas de Cristo. En Magdalena está personificada la pecadora que, conmovida por las doctrinas del Redentor, se arrepiente y humilla y renuncia á las pompas y á los placeres mundanos para consagrarse exclusivamente á Dios. La obra de Hacker impresiona tanto más profundamente cuanto que se aparta de todo efectismo huero y de todo exagerado realismo.

Jesús curando á los enfermos, cuadro de Gebhard Fugel.—El autor de este cuadro ha hecho gala en él de un perfecto conocimiento de la figura trazando multitud de ellas en las más diversas actitudes y dominadas por los más encontrados sen-

al poco tiempo, como antes hemos dicho, murió Chatrián, y Erckmann se retiró á Luneville, en donde ha muerto á la edad de 77 años.

MISCELANEA

Bellas Artes.—DRESDE.—El año que viene se celebrará en Dresde una exposición de arquitectura á la cual han sido invitados los gobiernos extranjeros. La exposición se verificará en el palacio de exposiciones municipal, y en el parque se instalará la «Ciudad antigua» por el estilo de la reproducción que tan admirada fué hace dos años en la Exposición de Oficios é Industrias artísticas celebrada en la propia ciudad.

Teatros.—Madrid.—Se han estrenado con buen éxito: en Lara *El gabán de pieles*, gracioso sainete en un acto del señor Pérez Zúñiga, y en la Princesa *Santos de barro*, bonita comedia en un acto de D. Antonio Sánchez Pérez.

Barcelona.—Se ha estrenado con aplauso en el teatro de la Granvía *La enredadera*, bonita comedia en un acto de D. Joaquín Abati. En el Liceo siguen ejecutándose notables conciertos, habiendo obtenido grandes aplausos el joven maestro ca-



MADRID.—EL MARQUÉS DE VILLAMEJOR, FALLECIDO EL DÍA 11 DE ESTE MES.—ENTIERRO DEL MARQUÉS DE VILLAMEJOR.—LLEGADA DE LA COMITIVA FÚNEBRE Á LA ESTACIÓN DEL MEDIODÍA (de fotografía instantánea de Company, de Madrid)

NUESTROS GRABADOS

El marqués de Villamejor.—A la edad de 91 años falleció repentinamente el día 11 de este mes en Madrid el marqués de Villamejor, una de las figuras más ilustres del mundo financiero español. D. Ignacio de Figueroa, que así se llamaba, heredó de su padre un cuantioso capital y con él el espíritu emprendedor que á aquél caracterizaba, y en vez de gozar tranquilamente de su fortuna consagróse activamente á los negocios en grande escala, explotando minas, dedicándose al comercio de metales y acometiendo multitud de empresas á cual más importante. El mayor éxito coronó sus esfuerzos, y como resultado de su genio mercantil é industrial y de su laboriosidad infatigable, deja al morir un caudal que pasa de 100 millones de pesetas. Descollaba entre las aficiones del marqués la del deporte hípico, y su cuadra llegó á tener nombradía no sólo en España sino que también en el extranjero. Gozó siempre de una salud de hierro, y en su ancianidad, lo mismo que en sus mejores años, dirigía sus vastos negocios sin rendirse á la fatiga. De sus sentimientos da cabal idea el rasgo que tuvo con motivo de la función patriótica celebrada durante la última guerra en el teatro Real, dando un millón de reales por su palco. Era senador vitalicio y caballero gran cruz de la orden de Carlos III.

Su entierro fué una manifestación solemne de simpatía y de cariñoso respeto á su memoria, habiendo figurado en él las más altas personalidades de la aristocracia, de la política y de la alta banca.

La fotografía del Sr. Company que publicamos representa la llegada del fúnebre cortejo á la estación del Mediodía: el féretro fué depositado en un furgón que lo condujo á Guadalajara, en donde recibieron cristiana sepultura los restos del marqués de Villamejor.

El entierro de Jesucristo, dibujo de José Triadó.—Los aplausos entusiastas, los calurosos elogios que con motivo de los preciosos dibujos del número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA con que inauguramos la serie del presente año la prensa de toda España y el público en masa prodigaron al autor de aquellas preciosas composiciones, son la prueba más elocuente de lo que vale Triadó y de la justicia con que ocupa uno de los primeros puestos entre nuestros dibujantes. Triadó

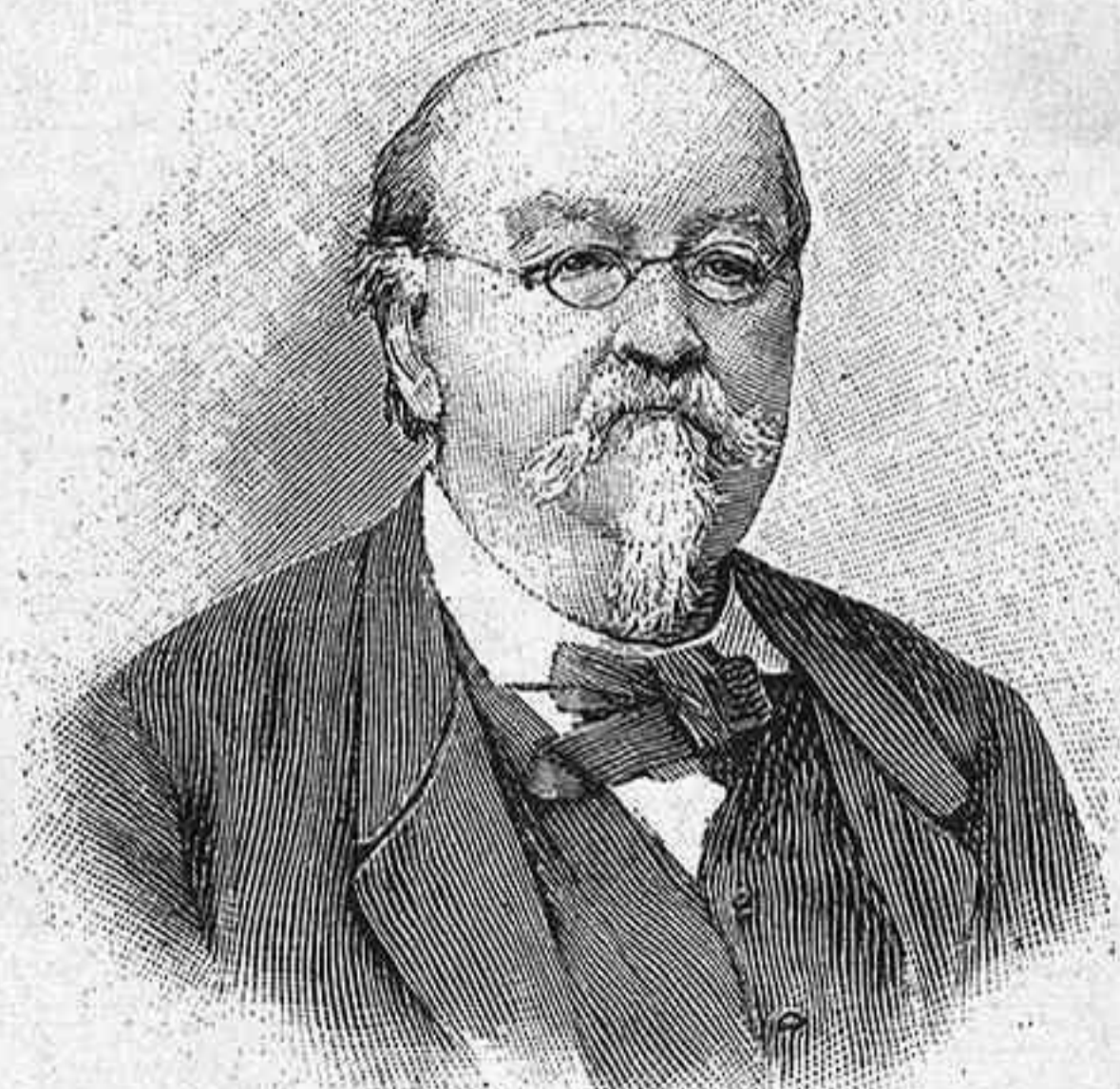
timientos. Hombres, mujeres, niños, ancianos, jóvenes, sanos, enfermos, llenos de fe unos, recelosos otros, todos aparecen hábilmente agrupados y todos tienen el valor debido para que contribuyan al buen efecto del conjunto. Entre todas destaca la figura majestuosa y sencilla á la vez del Salvador, que acoge bondadoso á cuantos á él acuden devolviéndoles la salud del cuerpo y del alma.

La paz sea con vosotros, cuadro de Erwin Kusthardt.—Dice San Juan en su Evangelio: «Aquel mismo día, siendo ya muy tarde y estando ya cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo á los judíos, vino Jesús y apareciéndose en medio de ellos les dijo: «La paz sea con vosotros.» Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor.» En este pasaje que se refiere á la aparición de Jesús á los apóstoles después de su resurrección, se ha inspirado el ilustre artista de Dusseldorf, Kusthardt, para pintar el hermoso cuadro que reproducimos. Inútil nos parece encomiar esta obra: el menos inteligente en bellas artes habrá de admirar desde luego la maestría con que están trazadas las figuras del Salvador y de los apóstoles, cuyos rostros y cuyas actitudes tienen un vigor de expresión que recuerda las mejores composiciones de los más grandes maestros en el género de pintura religiosa.

Emilio Erckmann.—El célebre colaborador de Chatrián, fallecido en 1890, acaba de morir á su vez en su posesión de Luneville. Es casi imposible pronunciar separados esos dos nombres que unidos formaron aquella personalidad de Erckmann-Chatrián, tan conocida no sólo en Francia sino que también en todo el mundo. Aquella razón social literaria había inaugurado sus tareas con cuentos fantásticos, leyendas de las comarcas del Rhin, estudios de tipos y costumbres de Alsacia, que obtuvieron un éxito considerable. Pero lo que más fama dió á los dos escritores fueron las novelas nacionales, entre las que merecen citarse especialmente *La invasión*, *Madame Teresa*, *El recluta de 1813* y su *Historia de la Revolución contada por un aldeano*. En 1868 dedicáronse al teatro, escribiendo varias comedias, muchas de las cuales han quedado de repertorio, como por ejemplo *El judío polaco*, *El amigo Fritz* y *Los Rantzau*.

En 1889 separáronse ruidosamente los dos colaboradores:

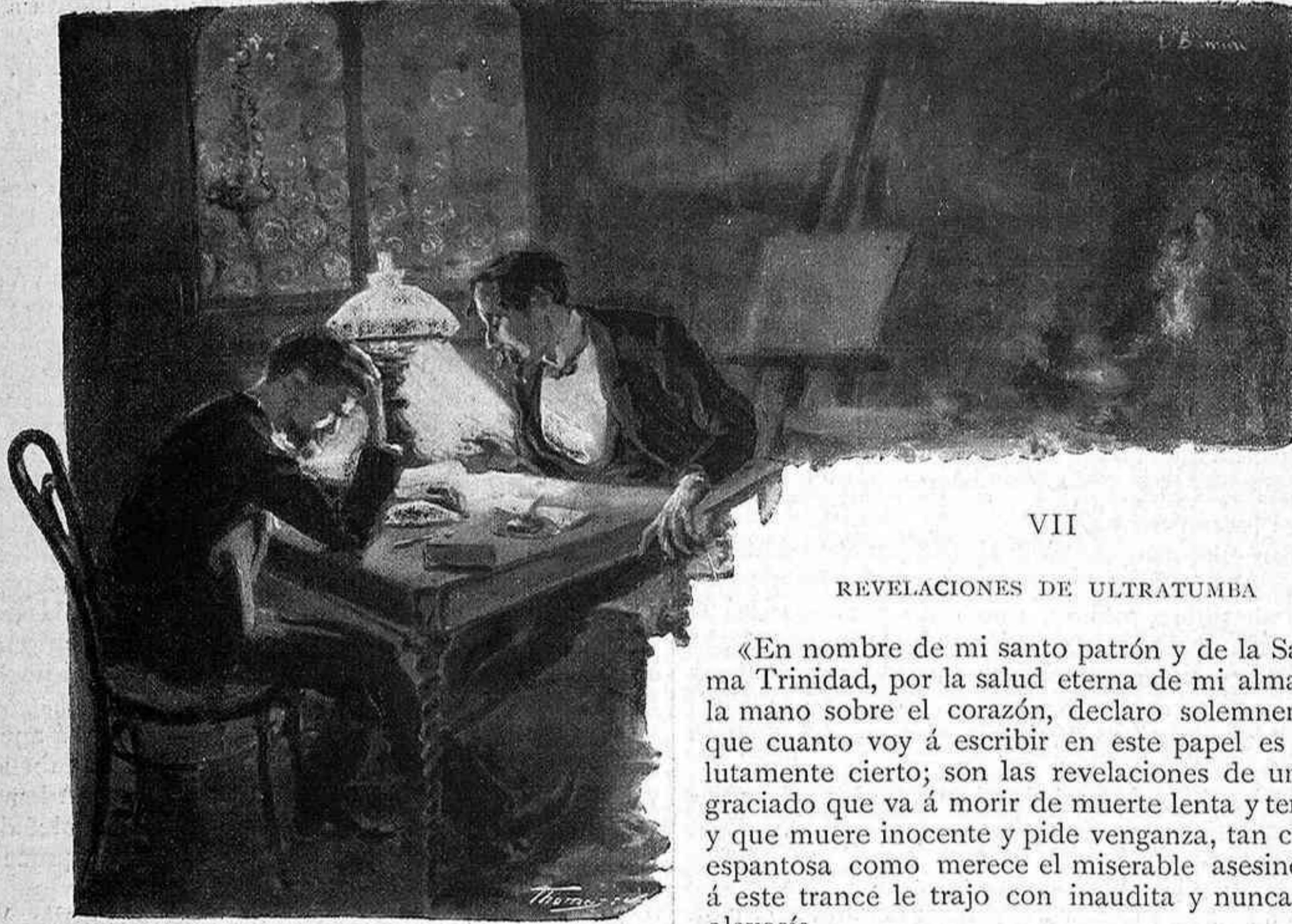
talán D. Antonio Ribera y el maestro alemán Haaen, que han dirigido los últimos. En el teatro de Novedades continúa siendo objeto de no interrumpidas ovaciones la eminente actriz Sra. Mariani.



EL CÉLEBRE NOVELISTA FRANCÉS EMILIO ERCKMANN, recientemente fallecido en Luneville

TALLERES DE FOTOGRAFADO.

PROCEDIMIENTO DIRECTO,
Á LA PLUMA, AL LÁPIZ Y FOTOLITOGRAFICO
JUAN CASALS,
calle de Balmes, 37, bajo.



Aquella noche, ya tarde, dimos principio al examen de nuestro tesoro en mi estudio

EL PASADIZO SECRETO

POR LUIS DE LLANOS. — ILUSTRACIONES DE BONÍN

(CONTINUACIÓN)

De día la luz entraba por una ventana que á pesar de tener los vidrios dobles, cuando soplabla la feroz tramontana solían estallar, llenándome el estudio de cristales rotos y de tales golpes de viento que volaban las carteras como si fueran golondrinas, regando la estancia con su contenido.

En un rincón de la cámara tenía un lecho, medio oculto entre cortinas y biombos. Cerca de él había una mesa no muy sana; en ella nos acomodamos para empezar nuestro examen á la luz de un quinqué, no sin haber enviado antes á la cama á todo el mundo, y luego de haber despedido como Dios nos dió á entender, con medias palabras, á los amigos curiosos que acudieron atraídos por las imprudentes revelaciones de nuestros gañanes á saber el porqué de lo prolongado y extraño de nuestra expedición subterránea.

— ¡Al fin solos!, exclamé como en el famoso cuadro de la boda que tanto gustó en uno de los Salones de París.

— ¡No ha costado poco trabajo! Sobre todo el diablo del alcalde, ni á tiros quería marcharse. ¡Qué curiosidad y qué impertinencia!

— Pues manos á la obra, dije yo.

Y abriendo la cartera me encontré con un librito escrito con lápiz, como antes dije, en el que con letra muy metida decía cosas tan tremendas, que á cada momento la lectura se interrumpía con exclamaciones y otras veces se cortaba de repente por tácitos reposos...

Se nos figuraba que nos espiaban, que de entre las sombras del estudio ó tras las celosías de la iglesia había quien escuchase aquellas revelaciones de ultratumba, revelaciones horribles...

Creíamos ser nosotros los asesinos.

A cada momento mi memoria volvía á las tremendas mazmorras donde el drama se había desarrollado, y el cadáver aquel, medio momia, medio esqueleto, encogido entre los estrechos muros, se me ponía delante.

Lémos hasta muy tarde..., después hablamos mucho tiempo.

Comenzaban á blanquear los verdosos vidrios del ventanón cuando nos decidimos á acostarnos..., cuando las campanas del vecino convento comenzaban á repicar en el silencio del crepúsculo matutino..., entre nubes de ópalo y de nácar que asomaban por levante sobre los montes que separan Assisi de la histórica comarca de Gubbio, el país de los esmaltes prodigiosos y de los artistas por generación espontánea.

El librito, después de bien descifrado, decía lo siguiente:

VII

REVELACIONES DE ULTRATUMBA

«En nombre de mi santo patrón y de la Santísima Trinidad, por la salud eterna de mi alma, con la mano sobre el corazón, declaro solemnemente que cuanto voy á escribir en este papel es absolutamente cierto; son las revelaciones de un desgraciado que va á morir de muerte lenta y terrible, y que muere inocente y pide venganza, tan cruel y espantosa como merece el miserable asesino que á este trance le trajo con inaudita y nunca vista alevosía.

«¡Oh tú!, cualquiera que fueras á cuyas manos llegue este papel, seas mil veces maldito tú y tu descendencia si lo que vas á leer te callas y reservas, y de ello no haces sabedora á la justicia humana, para que los asesinos expíen sin piedad sus crímenes en la picota, que de la divina justicia nada temo; Dios que todo lo ve y que presencia mi cruel agonía, sabrá castigarles con mano de hierro y sin piedad en la eternidad.

«Escasas horas me quedan de vida; la muerte se aproxima á mí lenta, pero segura. A Dios pido me dé acierto y tiempo bastante para concretar en esta declaración todo lo que es del caso para los fines que me propongo.

«Soy el duque de Rocabrúna, de la ilustre familia de los Rocabrúnas de Spoleto, y tan desgraciado nací, que mi venida al mundo costó la vida á mi madre. El duque, que la adoraba, jamás me lo perdonó, y en él vi siempre lo que él fué siempre para mí: el más cruel de los dueños.

«Todo su cariño se reconcentró en mi hermano mayor. Lo adoraba, no obstante sus calaveradas y su desatentada vida, que por viciosa y bullanguera le costara el destierro de Roma y la expulsión después de muchas cortes de Italia, en donde nuestro nombre y nuestros parentescos le colocaban á la par de los mismos príncipes reinantes. Yo entretanto me educaba en el pobre seminario de Spello. El duque me dedicaba á la iglesia, como siempre se hizo con los segundones de nuestra ilustre casa, que hace más de cuatro siglos cuenta casi sin interrupción con un cardenal de nuestro apellido, y me dedicaba á la iglesia sin consultarme, ni *pro forma*, mi parecer. Cuando llegaban noticias fatales de mi hermano, con cualquier pretexto me mandaba venir á nuestro castillo de Spoleto ó á nuestro pάλacio de Roma, y con cualquier pretexto también — que en discurrirles poco se fijaba, — me infligía los más horribles castigos. Más de cuatro veces volví al seminario cubierto de heridas, maltrecho y molido á palos por la propia mano de mi padre ó por las de sus dóciles lacayos.

«Estando en París en la corte del rey de Francia, mi hermano llevó á cabo tan terribles empresas, que fué á dar de cabeza en la Bastilla, y se necesitaron muchos meses de activas gestiones del Nuncio de S. S. para obtener su libertad; cuando salió, años después, y vino á Italia, traía consigo una mujer hermosísima y una niña de diez años. La mujer era la esposa de un carcelero que traía robada; la niña, según el decir de las gentes, la hija de un verdugo. Mi padre, el orgullo mismo, aceptó no obstante la presencia de estas criaturas en su palacio y en su mesa, por complacencia al amor de mi hermano, y al poco tiempo la carcelera llevaba sin el menor rubor el título de princesa de mi hermano y su hija crecía bajo el timbrado solio de los Rocabrúnas, como si cual nosotros descendiera de cientos de generaciones patricias de sangre acrisolada.

«Este espectáculo y el mezquino lugar á que se me relegaba en aquel palacio, que era el mío y el de mis mayores, excitaban mis nervios más que todas las brutalidades del duque, más que sus golpes y malos tratos, y no pudiendo soportar semejante espectáculo,

lo, colgué los hábitos y salí de casa, huyendo el día mismo del matrimonio de mi hermano con aquella villana, que venía á ocupar sin pudor el puesto de mi madre en el hogar de nuestra nobleza.

«Durante muchos años nada supe de lo que en mi casa pasaba. Cambié de nombre y me hice soldado de los Borbones de Francia, siguiendo sus banderas en la última mitad de la guerra de Treinta años. Peleé en Alemania, en España y en Italia misma, y favorecido por la fortuna, pronto mandé compañías y regimientos y vine á ser uno de los más seguros capitanes de Vendome.

«Ya próxima la paz de Utrech, la casualidad trajo á mi regimiento algunos oficiales de los tercios de Italia, y por ellos supe que mi cuñada la princesa brillaba en Roma al par de las Colonnas y las Orsinis; que mi hermano la había sorprendido y asesinado á puñaladas en brazos de un guardia noble, su amante, y que luego éste le había dado muerte descerrajándole un tiro en la cara que le deshizo el cráneo; con lo cual yo, solo y único descendiente de los Rocabrúnas, venía á ser propietario de todos los títulos y de los restos de nuestra enorme fortuna patrimonial.

«Tenía cuarenta años; mi vida de desventuras y dolores primero, de luchas y campañas más tarde, estaba gastada; mi salud, debilitada por muchas heridas recibidas en los campos de batalla, comenzaba á decaer al mismo compás de mi ánimo. Pensé en mi anciano padre, en mi hogar; perdoné el pasado y volví á casa esperando al menos hallar en ella, si no afecto, reposo, y tranquilidad, ya que no fortuna.

«Mi padre tenía ochenta años, y desde la muerte de mi hermano no se le había vuelto á oír el metal de la voz. Siempre encerrado en las torres de Spoleto, siempre meditabundo y cabizbajo, á nadie recibía. Los mismos criados antiguos del palacio pasaban, según me contaron, meses enteros sin pisar los umbrales de su departamento, en el que de continuo estaba la *signorina Paolina*, la hija del verdugo, como la llamaban, que por no sé qué sentimiento de celos retrospectivos mi hermano no había prohibido.

«Y aquí comienza el terrible drama de la iniquidad y la traición que en las tinieblas de esta misma mazmorra acaba con la vida de un soldado que en tantas batallas buscó la muerte y no la halló. Aquí acaba como inmunda rata el último duque de Rocabrúna, y acaba deshonorado y escarnecido.

«¡Venganza! ¡Venganza!»

VIII

MI CASA

«Cuando llegué á Rocabrúna una tarde de octubre, hallé cerradas las puertas y alzado el puente levadizo, como si el castillo estuviera en estado de sitio.

«Con dificultades infinitas y casi á viva fuerza logré penetrar en los patios, pero de allí no hubo medio de pasar: la consigna era terminante: el duque estaba enfermo y prohibía en absoluto la entrada..., no quería ver á nadie.

«Por dicha, un antiguo criado que me reconoció me introdujo en una estancia, y allí sigilosamente, al oído, me puso al corriente de la situación. En aquella casa no había más que un dueño absoluto, *madamicella Paolina*..., la hija del verdugo. Sólo quedaban dos viejos servidores, él, Basilio, y el otro, camareros ambos de mi padre hacía cuarenta años y de los que el duque no se había querido privar. Los demás, incluso el *maestro de casa* y el intendente, eran hechuras de la madre de Paulina.

«Según unos, el proyecto de la advenediza era el de hacerse adoptar y quedar heredera de nuestros títulos y fortuna. Según otros, pretendía casarse con el viejo que por días decaía como una luz que se apaga.

«Mi llegada, me decía Basilio al oído, descomponía sus planes y acaso le llevase á alguna violencia.

«¿Qué hacer? Un momento dudé. ¿No valía más volverme por el mismo camino á reunirme con mis banderas y seguir mi honrada vida de soldado, que entrar en una lucha que acaso sólo sirviera para amargar los últimos momentos de mi padre?

«Yo venía, bien lo sabe Dios, á consolar al afligido anciano en sus últimos días..., no á buscar títulos y herencias; pero ¿quién me creería? Ni siquiera él..., menos él que ninguno, porque pasó su vida en odiarme. Pero según hablaba Basilio y me contaba las infamias de mi cuñada, su descaro infernal, su viciosa conducta y la aún peor de su hija, se me iban presentando los términos del problema de una manera absolutamente diversa. ¿Tenía yo el derecho de abandonar mi nombre y el de mis mayores á una criatura abyecta cuya conducta desde muy niña traía

asustados á cuantos la conocían? Porque Paulina era perfecta: á más de ser amante, según fama, de mi anciano padre, había sido y seguía siendo la amante de tres ó cuatro lacayos simultáneamente. ¿A qué fangales no arrastraría nuestro ilustre nombre? No, no podía ceder. Debía ver á mi padre, ponerle de manifiesto cuanto sucedía y arrojar de nuestra casa á aquella vil criatura..., costase lo que costase. Basi-



Por dicha, un antiguo criado que me reconoció...

lio aplaudió mi resolución, y por una puerta falsa, faltando á la severa consigna que tenía, me introdujo secretamente en el estudio donde el anciano yacía medio adormilado en una poltrona al lado de un enorme fuego que ardía en la chimenea.

»Se despertó al ruido de mis pasos, y mirándome de hito en hito exclamó:

— ¿Quién sois y qué me queréis?

— Soy vuestro hijo, señor, le dije arrodillándome á sus plantas, y vengo á pedir os perdón por mi abandono. Me fui de casa porque eché de ver que la mujer aquella que venía á ocupar el puesto de mi madre (Q. S. G. H) no era digna de tan señalado honor, y antes que ver manchado nuestro escudo, sin mancilla, preferí hacerme soldado. He sabido el luto que tenéis, señor, por la muerte de mi hermano, y vengo á deciros: Soy vuestro hijo, soy digno del nombre que llevo, no tengo en el mundo más afecto que vos, ¿queréis perdonarme y dejar que á vuestro lado pase la vida procurando consolaros?

»El duque me oía con maravilla.

»¿Cómo! ¿Era yo, aquel robusto guerrero, curtido por el sol de las batallas, era el mismo pálido y endeble seminarista de otros tiempos?

»Me seguía mirando con profunda curiosidad y sus manos temblaban; pero nada decía..., dudaba..., en su alma se libraba una batalla, dudaba..., dudaba entre abrirme sus brazos cariñoso ó expulsarme de su presencia. La más sencilla observación podía decidirle.

— ¡Abrazad á vuestro hijo, duque!, dijo una voz delicada y fina detrás de mí, que bien lo merece su respetuosa actitud.

— ¿Tú lo deseas?, dijo el viejo á la niña.

— Os lo pido de rodillas, en nombre del mucho amor que os tengo.

— Eres un ángel, dijo á la niña; ven á mis brazos, me dijo á mí, y sé el bienvenido en el hogar de tus mayores; pero no olvides nunca que á esta santa criatura debes mi perdón.

»Todo esto pasó tan repentinamente y tan atolondrado estaba de lo que veía y oía, que no pude protestar. En el seno de mi padre, rozando á mi mejilla, había otra mejilla: la de una niña tierna y blanca, rubia como las espigas del trigo y tan modesta y ruborosa, que en ella me fué imposible reconocer al monstruo que Basilio me retratase. ¿Cómo! ¿Era Paulina aquella tenue y transparente estatua de biscuit?

»No obstante, quise protestar y medio me incorporé profiriendo no sé qué maldiciones que trocaban en fiera é iracunda la mirada del duque.

»Pero con rapidez suma, como un movimiento felino, Paulina me tapó la boca con su fina manita y

echando el otro brazo á mi cuello y besándome en la frente me dijo:

— »Paz, paz; recibid este beso de hermana.

»Y á mi oído murmuró:

— »¡Por Dios, no provoquéis una crisis que costaría la vida al débil anciano!

»Dè nuevo quedé perplejo.

— »¿Lo ves? ¿Ves que santa es esta pobre criatura calumniada?

»Y ella en tanto seguía murmurando á mi oído:

— »Yo me iré..., yo me iré, pero no provoquemos luchas en su presencia.

»Me callé. Oí con admiración las apasionadas alabanzas que brotaban en rico raudal de los labios de mi padre. Aquel cuerpo decrepito se erguía, aquel rostro apergaminado se rejuvenecía y animaba, y su mirada amorosa, cargada de profundo afecto, se posaba sobre las líneas del ruboroso rostro de Paulina como si fueran caricias.

— »Sin ella, ¿qué hubiera sido de mí? Cuando tu hermano, loco de celos por infundadas sospechas, mató á su pobre mujer y luego de pena se dió la muerte, sin el alma cariñosa de esta santa que estaba á mi lado para distraer mi pena y aplacarla á fuerza de sacrificios y de cariño, ¿qué hubiera sido de mí?

— »¿Luego era falsa la versión que me contaron?, exclamé.

— »Falsa, hijo mío, falso todo, como las calumnias contra Paulina, ángel querido, cuyo corazón es de oro purísimo.

»Y sin dejarme replicar continuó:

— »¿Tú sabes los poderosos partidos que esta Paulina mía ha rechazado por quedarse al lado del desgraciado anciano? Pues aún habrá quien la atribuya planes ambiciosos... ¡Planes ambiciosos!.. Cuáles, quisiera yo saber. Porque, hijo mío, yo soy pobre, muy pobre. Tu hermano todo lo malbarató. ¡Pobrecillo! El era así desde niño..., era pródigo por naturaleza. Sin esta Paulina mía, que es la inteligencia misma y la propia laboriosidad, que todo lo administra y en todo piensa, hasta me hubieran arrojado de mi palacio y de mis castillos... Ella siguió pleitos y los ganó; ella es el ángel salvador, el consuelo de mi vejez, el báculo que me sostiene en estos últimos momentos de la vida. ¡Paulina del alma! Sin ella, me faltaría hasta el pan.

»Mientras el duque hablaba, se hacía en mí una profunda revolución de ideas. ¿Qué oía? ¿Sería cierto? ¿Me habrían engañado todos?

»Miraba á la niña, que ruborosa bajaba sus azules ojos, en los que sólo se leía bondad y afecto y que cuando sonreía se me figuraba verme á las puertas del cielo. Y mientras de un lado las razones de mi padre me abrían nuevos horizontes, de otro la actitud de Paulina me encantaba, ¿por qué no decirlo?, me enamoraba rápidamente.

»Entretanto, la debilidad del anciano era tanta, que sus ojos poco á poco se oscurecían y su voz se apagaba murmurando bendiciones con los labios apoyados sobre los rubios cabellos de la niña, siempre arrodillada á sus pies.

»Cuando el duque se quedó dormido, Paulina, con la misma suavidad felina y arte incomparable de que había dado antes prueba, se escurrió de entre sus brazos, y cariñosamente, como si se tratara de un niño, acomodó al anciano en la poltrona, apoyó su cabeza en los cojines y le besó con veneración la mano. Luego me hizo seña de que la siguiera y me condujo á un gabinete cercano — á su cuarto sin duda — de riente y sencillo decorado y de aspecto virginal.»

generoso de mis intenciones. Temía que una palabra imprudente pudiera provocar una crisis nociva á la decadente salud de mi amado protector y nociva también al fin que os proponíais..., el perdón, el acuerdo, la reunión de la familia. Perdonéme, continuó, el beso que para precipitar los acontecimientos le dí...

»Quise replicar, pero no me lo permitió. Se enjugó las lágrimas que regaban sus mejillas y prosiguió diciendo:

— »Desde el momento que el duque tiene á su lado un hijo cariñoso..., mi presencia en esta casa es inútil..., y aunque el corazón se me quiebre dentro del pecho de puro dolor, sabré alejarme de ese anciano que desde niña me acostumbré á querer y á respetar como mi único padre.

»Paulina ahogó un sollozo.

— »Pronto encontraremos un medio hábil de que yo pueda alejarme y desaparecer sin que mi alejamiento cueste dolor al buen viejo... ¡Ay de mí!, yo desapareceré para siempre, pero de rodillas os pido no violentéis los acontecimientos..., no por mí, nada soy..., por él, por el desgraciado duque que tanto me quiere..., de cuyo lado no me aparto ni día ni noche hace tantos años.

»Mi actitud era cruel. Yo no podía dejar á aquella criatura divina á mis pies mesándose los cabellos y cubriendo de tibias lágrimas mis manos. Además aquellas tibias lágrimas me enloquecían. La alcé del suelo, la senté en un diván al lado mío y procuré consolarla.

»No; yo no venía á hacer la guerra á nadie. Yo venía porque no podía abandonar á mi padre anciano y desgraciado en sus últimos días. Me habían dicho mucho mal de ella..., muchísimo..., serían calumnias..., sí calumnias debían ser..., me lo patentizaba su actitud.

— »¡Ah! ¿Por qué tuvisteis la desgracia de nacer de aquella madre?

»Paulina se alzó como empujada por un resorte.

— »¡Mi madre! Mi madre fué una víctima inocente. Mi madre era honrada...

— »Hija mía, no te exaltes así, exclamé tomándola en mis brazos. Comprendo que tú, pura como eres, no comprendas toda la enormidad de su conducta...

— »¿No acabáis de oír al duque que todo es falso? ¡Dios, Dios!, ¿no os basta mi palabra? Pues os daré pruebas..., pruebas irrefutables, y ahora mismo.

»Y dirigiéndose precipitadamente á un reclinatorio que allí había y abriendo con una llavecita que traía pendiente al cuello una especie de sagrario, de él extrajo un relicario cuajado de pedrería y de entre los dos cristales, que antes sirvieron para encerrar alguna sagrada reliquia, sacó un papel muy plegado.

— »¿Conocéis la letra del príncipe vuestro hermano?

— »Sí.

— »Pues leed su postrer declaración, aquí escrita de su puño y letra.



¡Abrazad á vuestro hijo, duque!, dijo una voz delicada y fina detrás de mí

IX

PAULINA

— »Perdonéme, me dijo tan luego como cerró la puerta; perdonéme si en mi profundo amor por el duque me atreví á intervenir en su primera entrevista. Dios, que ve mi alma, bien sabe todo lo santo y

»Leí y decía así:

«Acabo de cometer un crimen horrible. He asesinado á Dorotea en un arranque violento de celos. Ante la prueba evidente de su inocencia, no pudiendo soportar la vida me doy la muerte. ¡Padre mío, perdoname! — Roma, 1.º de abril de 1708. — Raimundo, príncipe de Servalletta.»

»Quedé atónito. Hice preguntas sobre preguntas.

¿Por qué no se había dado publicidad al suceso? ¿Por qué se dejaba creer cierta la versión del guardia noble?, etc., etc.

»Paulina lo explicaba todo. El duque, al saber la fatal noticia..., la muerte de Raimundo, quedó durante mucho tiempo tan profundamente aniquilado, que ni hablar podía. Retirado en Spoleto y en posesión de la carta de despedida de su hijo, jamás sos-



¿Conocéis la letra del príncipe vuestro hermano?

pechó se pudiera inventar tal infamia. Ella, Paulina, era una niña..., lo ignoraba todo. Al viejo feudo pocos amigos acudieron, y de éstos ninguno se dió por entendido de la calumnia. Venían á saber, no á contar versiones falsas. Sólo muchos meses después se supo algo de lo que se decía por los criados. ¿Quién da fe á los criados? Ya era tarde para reclamar. A más, ¿á quién reclamar? La historia del príncipe de Servalletta ya estaba olvidada, á nadie importaba..., sólo á Paulina por la honra de su madre..., por eso conservaba tan cuidadosamente la declaración de Raimundo.

»Era evidente. Me había engañado. El solo culpable resultaba mi hermano... La envidia y la avaricia de los antiguos criados y administradores de la casa contra Paulina se explicaba también con su actitud y energía, salvando los intereses de una completa ruina y los palacios de un general saqueo, que sin ella de cierto se hubieran realizado; quedaba explicada suficientemente la propalación de la doble novela de los vicios de la madre y de los crímenes de la hija.

»¡Y yo que había dado oído á tales calumnias! ¡Y yo que volvía á aquella casa poniendo por condición la salida de Paulina, del ángel guardián de mi padre, de la salvadora de lo que quedaba..., incluso la vida del anciano, muy amenazada en aquellas soledades y entre tanto criado avariento y ladrón!

»Caí de rodillas á sus pies. Le pedí perdón en los términos más apasionados y cariñosos. Sí, sí, yo estaba dispuesto á todo..., dispuesto hasta á casarme con ella para demostrar al mundo de una manera evidente lo falso é inicuo de sus invenciones..., ¿qué más? Se lo dije, le dije que la adoraba, que desde que la vi, aun creyéndola vil é infame, no pude menos de adorarla..., ¿cómo, pues, no la amaría cuando, desgarrado el velo de mi ceguera, la misma luz del sol aún me parecía impura al lado de su virginal pureza?

»Paulina huyó ruborosa de mis brazos..., huyó á refugiarse á los pies del anciano, que al vernos sonrientes tras de nuestras lágrimas, comprendió que entre nosotros ya no existían sombras ni dudas, que éramos hermanos..., dos hermanos cariñosos que alegraban al unísono los últimos días de su triste existencia.

— »Ya no hay rencores, ¿verdad?
 — »No, padre, no.
 — »¿Te lo explicó todo?
 — »Sí.
 — »¿Comprendes que yo la adore?
 — »Sería infame no adorarla, yo la adoro también.
 — »¡Loado sea Dios!, dijo dulce y severamente el anciano tendiendo sobre nuestras cabezas sus temblorosas manos.»

X

CONFIDENCIAS DE BASILIO

»Cuando aquella noche entré en mi cámara, situada en un torreón aislado, Basilio arreglaba el lecho y figuraba prepararlo todo para mi mayor comodidad. Ganas me dieron de increparle duramente por las infamias que me contara; pero me contuve; aquel anciano acaso las creía de buena fe..., estaría engañado, como engañado estaba yo algunas horas antes.

»Comencé á desnudarme en silencio y él en silencio á ayudarme. Cuando estuve en el lecho observé que echaba las llaves de todas las puertas que comunicaban con el resto del palacio..., no sólo las de mi cuarto, sino las de los salones anteriores. Luego cebó mis pistolas y desnudó mi espada y colocó las armas al alcance de mi mano.

»Tanta precaución me chocó.

— »¿Es esto alguna cueva de ladrones para que así me apretches?

— »Excúseme, señor. Yo vine á esta casa estando al... al servicio de la señora duquesa. En su casa nació y ella me sustentó..., por ella, por el afecto con que me trataba, se me aficionó el señor duque, y por eso aún estoy en esta casa y tengo pan en mi vejez. ¿Cómo quiere V. E. que yo no estime y respete al hijo de mi protectora?

— »Eso no es contestar. Te decía si aquí tenía algo que temer.

— »Todo, señor.

— »¡Grima me da oírte! Luego tú de buena fe crees todas las infames calumnias que esta tarde me contaste contra nuestro ángel tutelar.

— »Tengo la evidencia.

— »Sal de mi presencia, bergante, dije colérico incorporándome, ó te rajo de una estocada.

— »Raje cuanto quiera, señor, pero créame. Aquí se trama algo muy grave... en este mismo momento, y todas las precauciones son pocas.

— »Porque eres un viejo y estás lelo, quiero tener paciencia. Pero ven acá, infeliz, ¿en qué fundas tu evidencia? ¿De dónde sacaste los detalles que me contaste de mi difunta cuñada? Injurias vergonzosas..., dichos de la canalla..., y yo he visto la prueba en contrario.

— »¿La carta del relicario? Es falsa. Yo presencié el momento en que el marqués Segni le disparó la pistola á boca de jarro. S. E. el señor príncipe cayó sin decir ¡ay!, tenía el cráneo deshecho.

— »¿Estás loco? ¿Deliras?

— No, señor, no deliro; yo lo vi. Acudí á los gritos de doña Dorotea, y según yo entraba, el marqués descerrajaba el tiro al señor príncipe. Quise detener al asesino y recibí una puñalada aquí, señor.

»Y arrancándose la corbata descubrió el cuello, en

festín en el palacio, y el señor príncipe salió en carroza de gala vestido de corto, acompañado de varios amigos, para ir á la recepción de Su Eminencia. Doña Dorotea se fingió mala y se retiró á sus cámaras. Al apearse en el palacio Spada, según yo abría la portezuela, un embozado se adelantó, le dijo algunas palabras al oído y le entregó un papel; luego huyó hacia Piazza Navona.

»Poco le vi, pero sí lo suficiente para reconocer que era una mujer disfrazada..., la marquesa Segni.

»El señor abrió la carta y la leyó á la luz de la antorcha de un lacayo. Su rostro se demudó horriblemente. Parecía acabase de recibir un golpe terrible. Subió al coche de nuevo y me dió orden de volver á escape á casa. Al saltar en el zaguán desenvainó la espada y subió á la carrera la escalera... Parecía un loco. Yo le seguí como pude..., preveía una catástrofe. Cuando llegué al salón que separaba el departamento de D. Raimundo del de doña Dorotea, oí un grito desgarrador en el cuarto de la princesa. Al abrir yo la puerta sonó la detonación. Esto sucedió en tan cortos instantes, que muchos más gasto en contarlos. Estuve sin sentido muchos días. Cuando mi estado lo consintió me trajeron á Spoleto.

— »Pero eso es imposible.

— »Eso, señor, es la pura verdad. La señorita Paulina se encerró conmigo en mi cuarto en cuanto llegué y me enseñó la carta que usted ha visto; y cuando yo protesté me dijo: «La he falsificado yo, pero mi objeto es santo. La he falsificado para engañar al pobre anciano y hacerle menos dolorosa la pérdida de su hijo: basta su muerte, sin que deba también llorar su deshonra.» Me exigió la mayor reserva y me amenazó de muerte si hablaba. Por respeto á mi señor callé. Cuando la justicia pontificia hizo las informaciones, yo, el único testigo del suceso, negué todo... y se echó tierra al negocio; la cosa, no obstante, trascendió y la versión verdadera fué conocida..., pero no se pudo encausar á Segni por falta de pruebas. Si yo estoy aquí y también Juan, el otro antiguo camarero, es gracias á nuestro silencio... y á nuestras precauciones. Paulo, porque habló más de lo necesario, amaneció muerto al otro día cuando salió de caza.

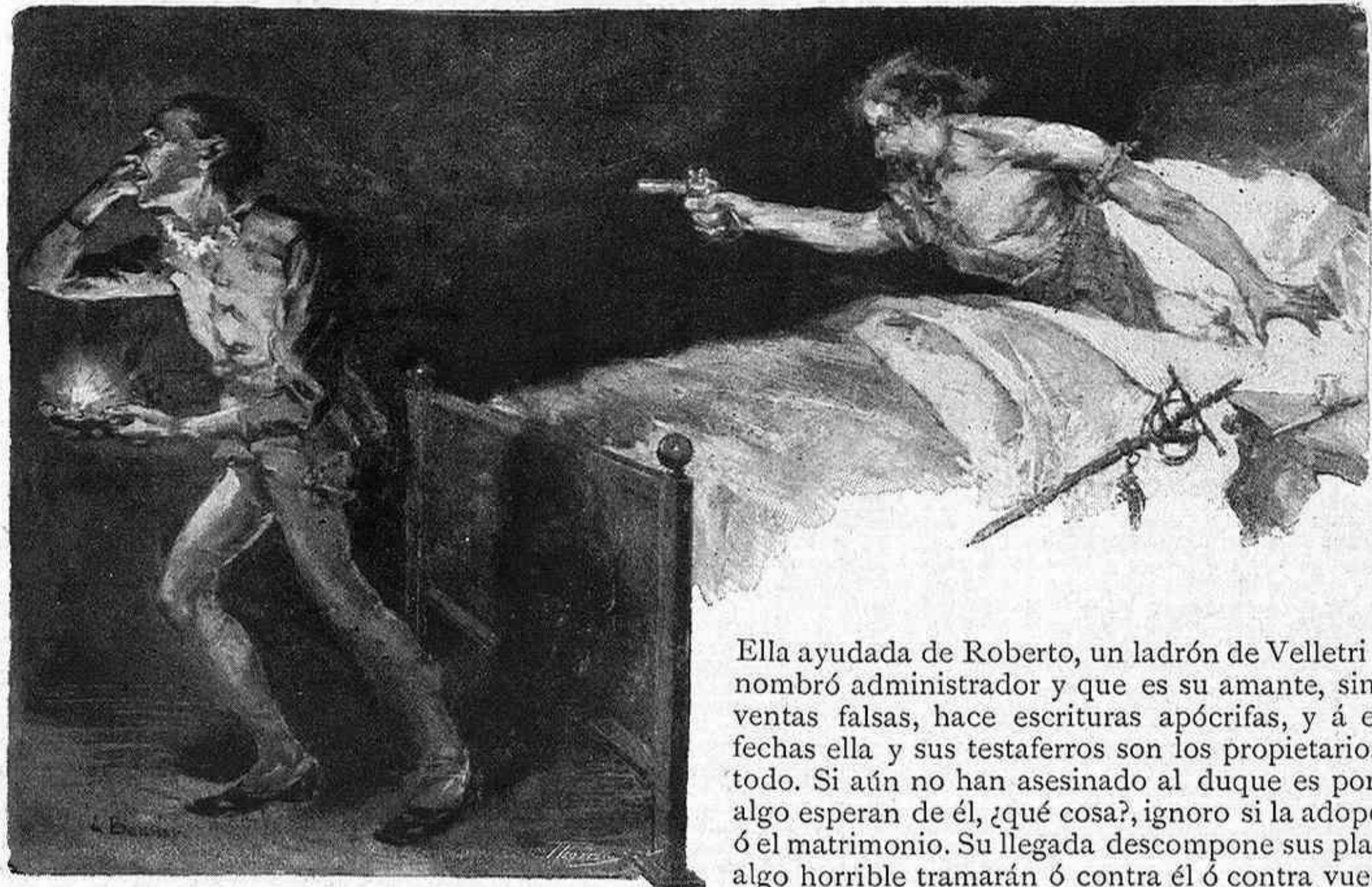
»Yo hablo hoy porque mi conciencia me lo ordena..., y hablo seguro de pagar caras mis confidencias. Esa criatura es un colmo de maldad y de mentira.

— »Basta. Eso no te lo consiento. Si hizo mal en falsificar la carta, peor haces tú en insultarla. Su objeto era bueno..., su conducta ha probado que se puede ser una santa siendo la hija de una mujer criminal.

— »Es peor que la madre, señor.

— »Basta, digo. Se la odia porque sin ella ya no viviría el duque, y entre criados y administradores hubieran saqueado la hacienda. Gracias á ella...

— »Gracias á ella, señor, y perdóneme si interrumpo, no queda casi nada de su enorme patrimonio



... la pegué contra Basilio, á quien arrojé de mi cuarto amenazándole con una pistola

el que se notaba en efecto, sobre la clavícula derecha, una profunda cicatriz.

— »¿Pero la carta..., la carta?

— »Es falsa, señor. Tiene que ser falsa. No pudo escribirla.

— »La escribiría antes.

— »Lo ignoraba todo. Aquella triste noche hubo

Ella ayudada de Roberto, un ladrón de Velletri que nombró administrador y que es su amante, simula ventas falsas, hace escrituras apócrifas, y á estas fechas ella y sus testaferros son los propietarios de todo. Si aún no han asesinado al duque es porque algo esperan de él, ¿qué cosa?, ignoro si la adopción ó el matrimonio. Su llegada descompone sus planes, algo horrible tramarán ó contra él ó contra vuestro..., y quiera Dios me equivoque. ¡Ah! Ya verá, ya verá V. E. qué reptil inmundado es esa infame criatura que no hay lacayo que no haya aceptado!

»No pude oír más. El amor que Paulina me inspiraba, la rabia del engaño, los celos que comenzaban á atormentarme, la pena..., todo junto dieron al traste con mi paciencia, y no sabiendo contra quien pegar, la pegué contra Basilio, á quien arrojé de mi cuarto amenazándole con una pistola y tratándole como al más ruin de los hombres.»

(Continuará)

LA PRODUCCIÓN ARTIFICIAL

DE LAS PERLAS EN LOS HALIOTIS

Como consecuencia de los estudios por mí llevados á cabo en su laboratorio de Roscoff, M. de La-

uno de esos hombres que estudian los peces, tengo el sentimiento de manifestarle que para usted no hay sitio en mi casa.» Dicho esto, quiso cerrarme la puerta. En cuanto á mí, confieso que me quedé un poco desconcertado al ver este cambio de actitud, y algo confuso al encontrarme enfrente de aquel enemigo

suya habría sido si su empresa industrial no había prosperado.

He recordado este insignificante incidente de viaje porque no quiero que se reproduzca el mismo hecho á propósito de la producción artificial de las perlas, y declaro que sentiría en el alma que dentro de veinte años, algún buen hombre que se hubiese arruinado por los ensayos de la producción artificial de perlas, se viera obligado á hacerse posadero y pusiera de patitas en la calle á todos los naturalistas que se albergasen en su posada. De antemano declino toda responsabilidad, y antes de indicar los resultados obtenidos en Roscoff, me importa mucho proclamar en alta voz que los experimentos de que se trata son simplemente experimentos de laboratorio.

El punto de partida de los mismos ha sido el siguiente:

Comencé por preguntarme si no sería posible hacer nacer artificialmente perlas en las conchas marinas y en particular en las de los gasterópodos, puesto que muchos de estos animales presentan un nácar muy irisado que parece susceptible de proporcionar el oriente necesario si se le dispone en capas circulares.

Entre los gasterópodos que han sido objeto de mis experimentos, he escogido especialmente el haliotis, molusco que abunda en los fondos peñascosos de la Mancha y alcanza un tamaño considerable, y cuya concha está interiormente revestida de una capa de nácar muy brillante. Además, se presta perfectamente á la experimentación. Colocado en los grandes depósitos del laboratorio de Roscoff, en donde se han practicado estas investigaciones, se aclimata fácilmente, y con tal que se le proporcione agua aerada en cantidad suficiente no hay que preocuparse de su alimentación.

Todos los haliotis sometidos á los experimentos han segregado nácar sobre cuerpos extraños introducidos en ellos, y en muchas conchas han formado perlas de nácar, verdaderas perlas finas. En la figura 3 se ve una de esas perlas encerrada todavía en la

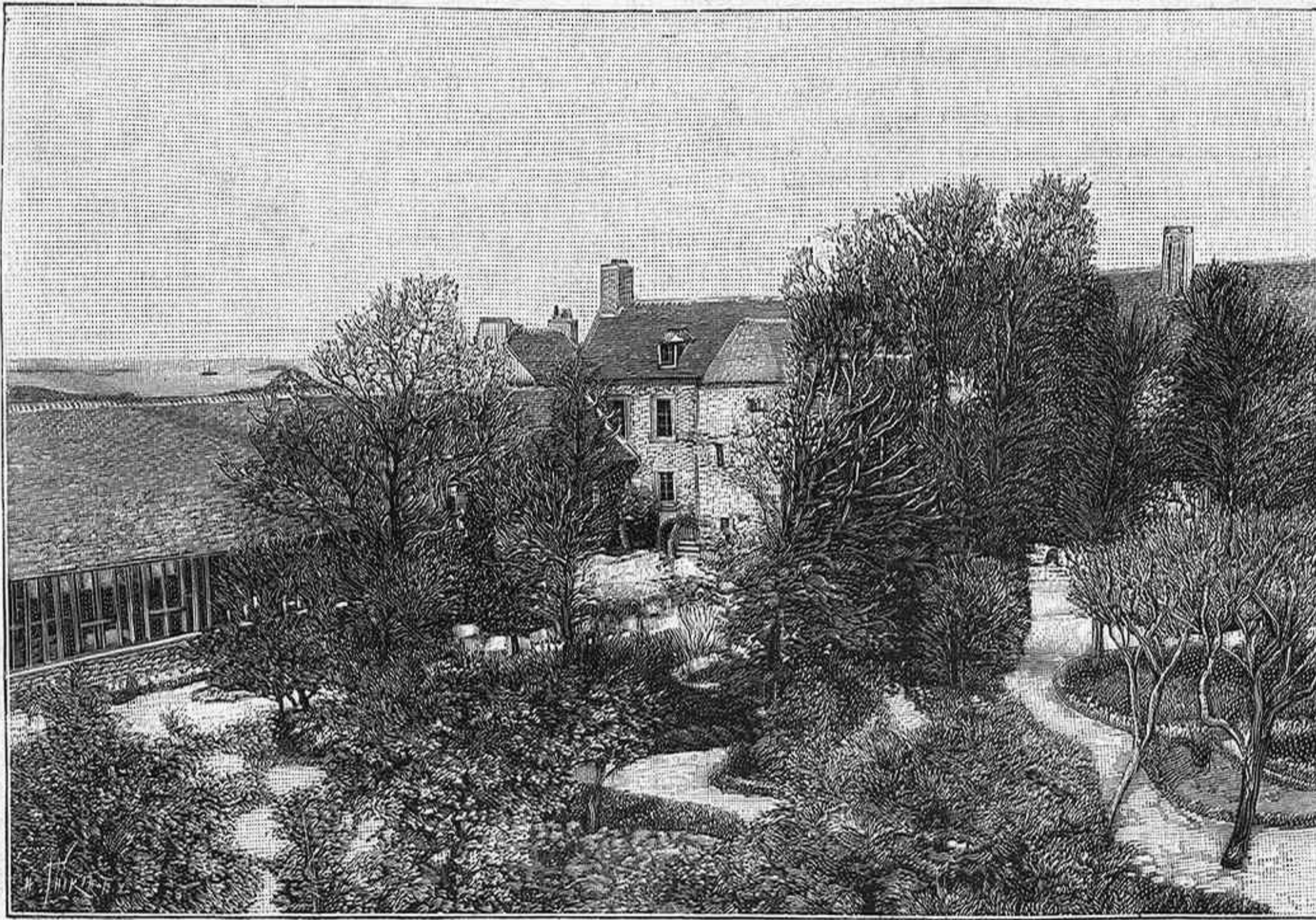


Fig. 1. - LABORATORIO DE ROSCOFF

caze-Duthiers ha presentado recientemente á la Academia de Ciencias de París una nota en la cual describía yo la producción artificial de las perlas en los haliotis.

Esta nota ha llamado la atención del público por la índole de su asunto más que por la importancia del resultado científico obtenido, que no pasa de mediano. Los periódicos se han ocupado extensamente de mis experimentos, y he recibido gran número de cartas cuyos autores me piden informes para utilizar prácticamente lo que llaman «mi gran descubrimiento.» Examinando estas innumerables epístolas he podido comprobar que muchas de las personas que me dispensaban el honor de escribirme estaban convencidas de que tenía yo en mis manos su fortuna, y de que ésta sólo dependía de la buena voluntad que yo pusiera en facilitarles noticias é indicaciones exactas para obtener perlas en gran número y con poco coste.

Esta ilusión no me ha sorprendido, pues demasiado sé que el público no está obligado á conocer de una manera precisa la diferencia que existe entre un experimento de laboratorio y un experimento industrial. Y á propósito de esto, heme acordado de un incidente de viaje que me ocurrió hace bastantes años y he resuelto extinguir el entusiasmo de cuantos me han escrito, echando un poco de agua fría sobre sus esperanzas prematuras.

Era yo todavía estudiante, hace de esto más de quince años, y había formado el proyecto de aprovechar las vacaciones recorriendo á pie las costas de Bretaña. Una tarde, después de una larga jornada, llegué á un pueblecito que no tenía más que una posada. Tenía ésta un aspecto de limpieza que me sedujo desde el primer momento, y ya me prometía pasar en ella una noche tranquila, cuando en poco estuvo que me arrojaron de allí vergonzosamente: el posadero, que parecía un buen hombre y que al principio me había acogido con amable sonrisa, preguntóme por casualidad cuál era mi profesión, y habiéndome contestado que la de zoólogo, lanzó un grito de espanto y me dijo: «Caballero, puesto que es usted

declarado de la zoología. Ya sabía yo que hay gentes que no pueden sufrir el pescado, mas nunca había podido imaginar que hubiese quien hiciese extensivo su odio hasta los que estudian esos interesantes vertebrados. Pero como tenía ganas de cenar, quise informarme de la causa por la cual mi huésped abominaba de todos los naturalistas en general y de los ictiólogos en particular, y supe que aquel buen hombre había querido aplicar industrialmente las ideas de Costes, el sabio profesor del Colegio de Francia, sobre la cría de los peces, y había fracasado de un modo lamentable.

La relación de sus infortunios no pudo menos de conmoverme profundamente, y como el apetito me apresuraba, para reconquistar sus simpatías declaré que M. Costes era el más miserable de los hombres, un charlatán vulgar que no entendía una palabra en piscicultura, guardándome bien de decir, tanto

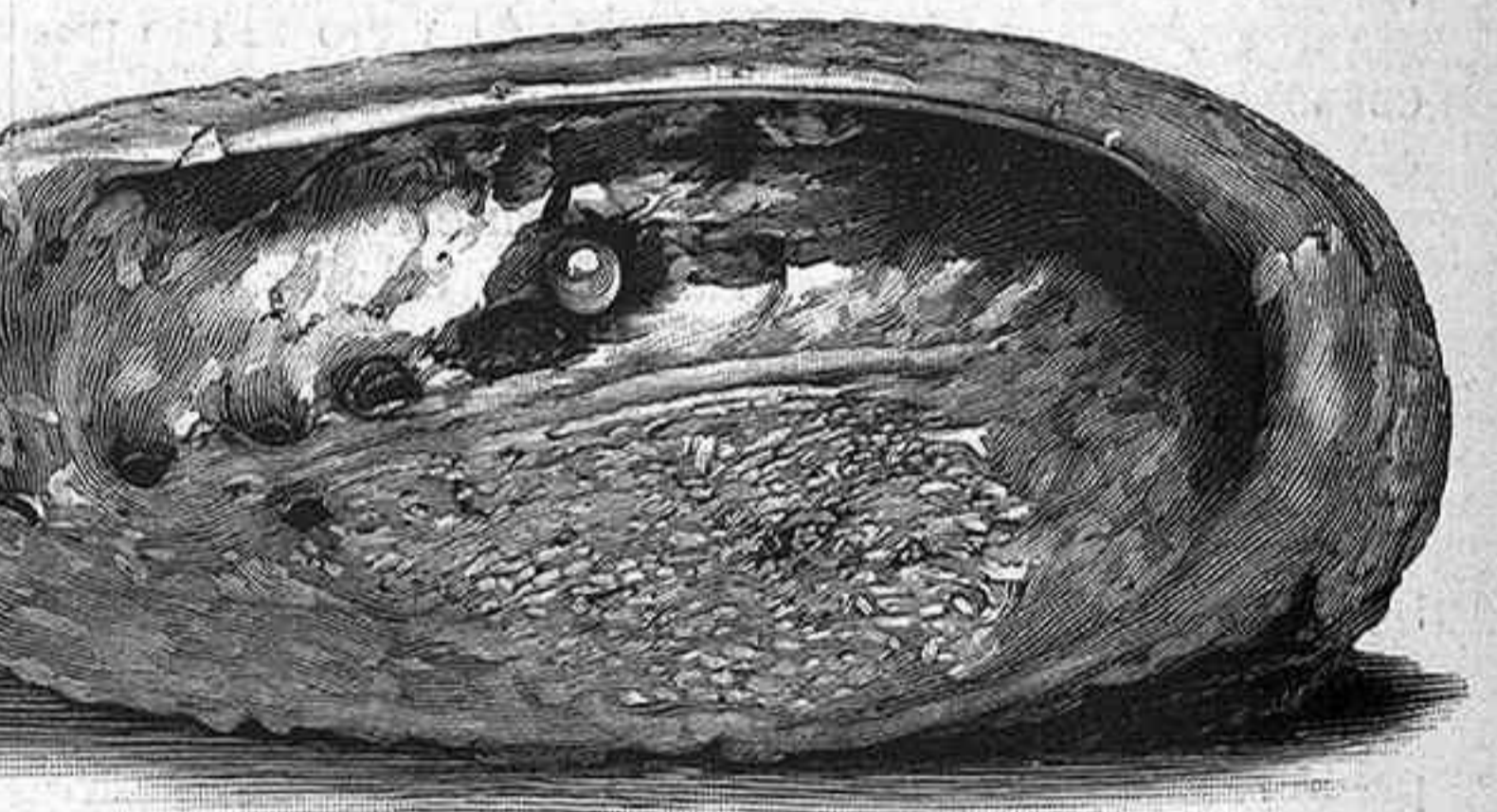


Fig. 3. - CONCHA QUE CONTIENE UNA PERLA

concha de donde ha sido extraído el animal después de un experimento de cinco meses.

Las primeras perlas obtenidas no están bastante desprendidas de la concha y presentan una base demasiado ancha de soldadura con ésta. Este defecto se ha corregido en parte en posteriores experimentos, y en las últimas muestras puede verse que la parte de perla más próxima á la concha está englobada en la concha nacarada.

Debe observarse, sin embargo, que las perlas obtenidas artificialmente por este medio, aun cuando tienen sensiblemente la misma constitución química que las naturales, sólo en la periferia están orientadas en capas circulares, lo cual les da el oriente que se desea, pero contienen en su interior un gran núcleo de nácar cuyas capas se orientan necesariamente de una manera distinta que las de la periferia.

También debe observarse que los haliotis no se crían, como los ciprinos dorados, en un globo de cristal, y que para conseguir que vivan en condiciones normales es preciso haber adquirido nociones extensas de biología de los animales marinos. — L. BOUTAN.

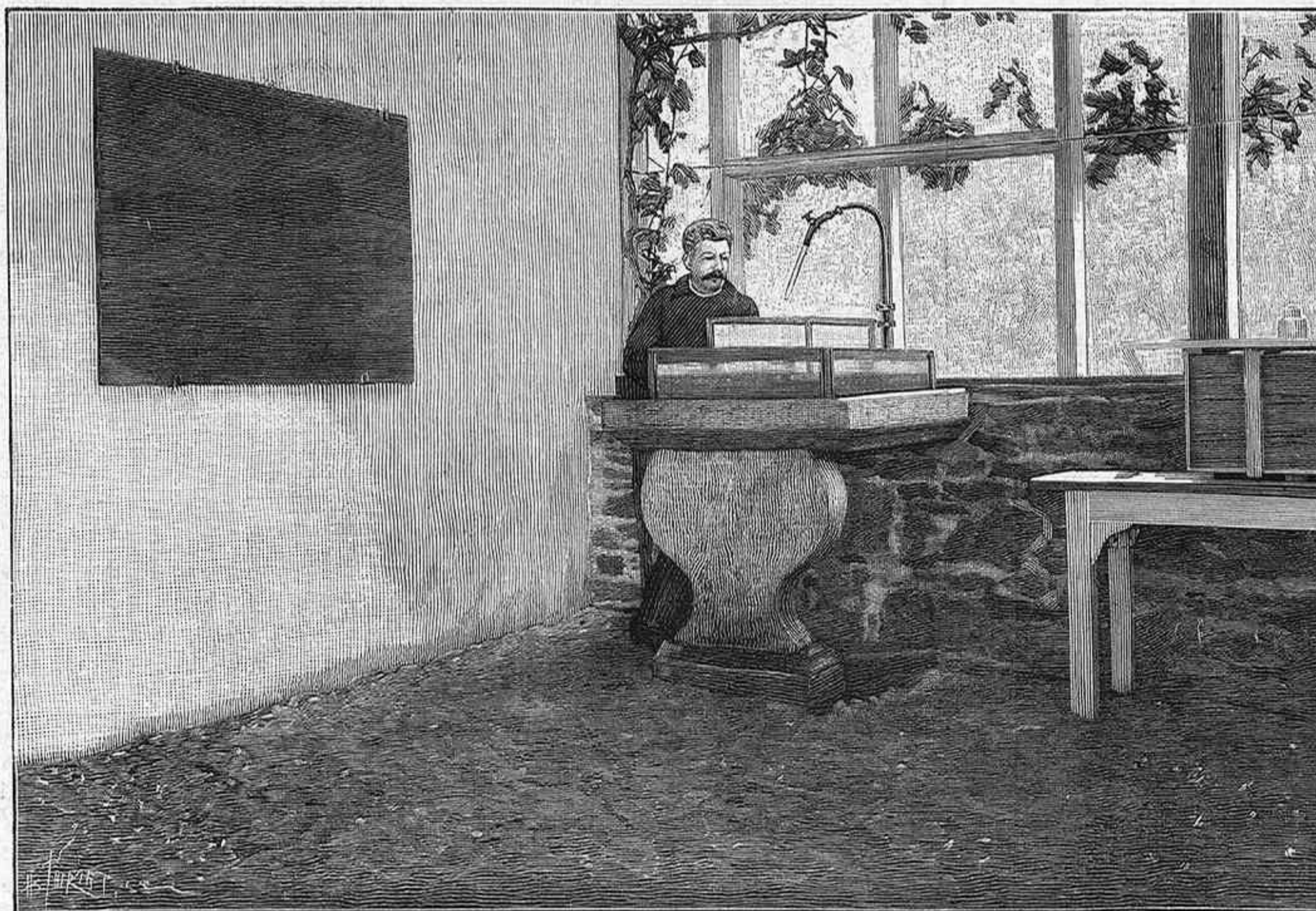


Fig. 2. - DEPÓSITOS DE AGUA EN EL LABORATORIO DE ROSCOFF

miedo me infundía la idea de buscar albergue en otra parte, que quizás no había sabido aprovechar las indicaciones del sabio profesor y que por culpa

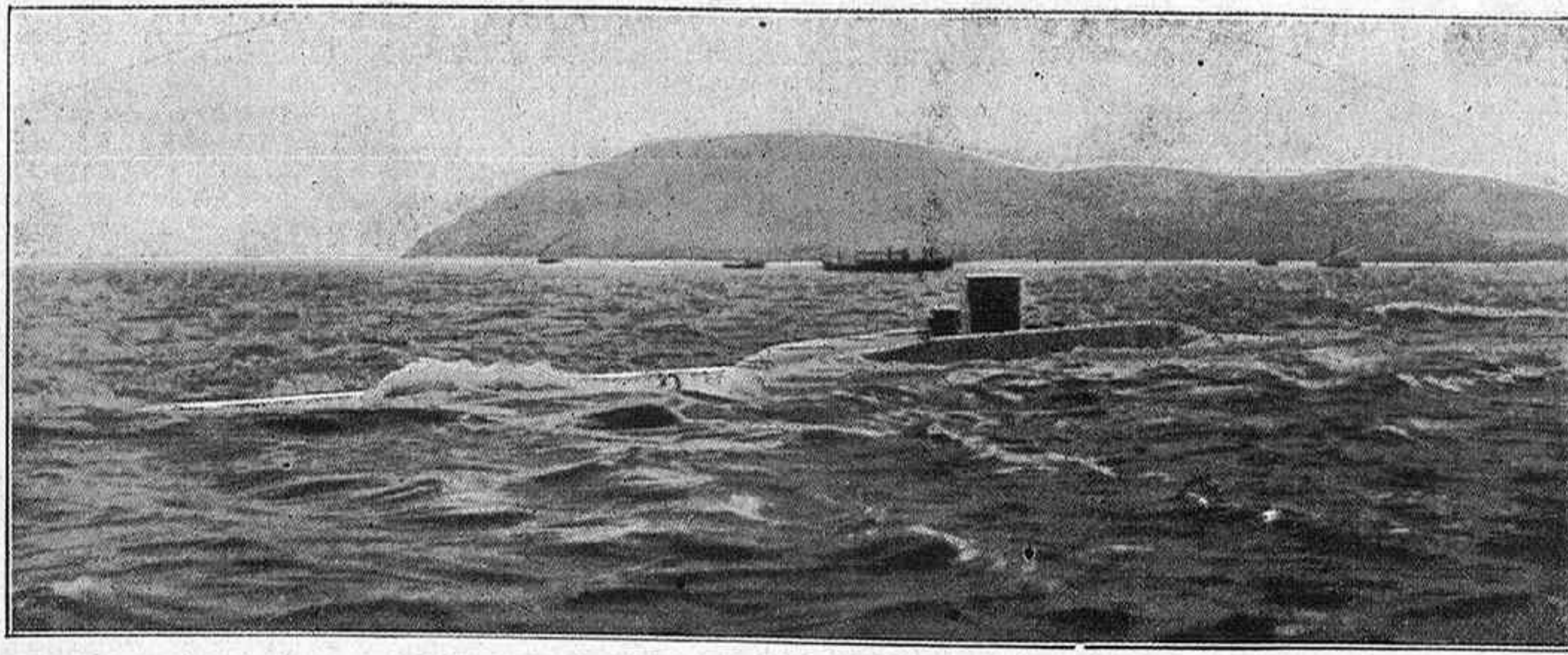
de

EL SUBMARINO

«GUSTAVO ZEDÉ»

Las últimas pruebas de este submarino realizadas en Tolón han demostrado el valor de este tipo de buque como arma defensiva. El *Gustavo Zedé* es una ampliación algo modificada del *Gymnote*, del mismo inventor M. Zedé; mide 40 metros de longitud por 3'20 de diámetro, desplaza 266 toneladas y alcanza una velocidad de 14 millas cuando navega en la superficie y de ocho ó nueve cuando está sumergido: su armamento consiste en un tubo lanzatorpedos que puede arrojar torpedos Whitehead de 100 kilogramos de algodón pólvora, y su tripulación consta de diez hombres.

Después de una serie de experimentos desgraciados, interrumpidos durante dos años, el *Gustavo Zedé* ha entrado al fin en el período de las pruebas defini-



EL SUBMARINO FRANCÉS «GUSTAVO ZEDÉ» EN LA SUPERFICIE DEL AGUA

tivas, habiendo efectuado varios ataques contra el acorazado *Magenta*, en marcha y anclado, ataques que han tenido el éxito más satisfactorio. Como complemento de este éxito puede citarse la travesía que realizó entre Tolón y Marsella, recorriendo una dis-

defensa sino de verdadero ataque, puesto que su radio de acción será de 600 millas y que con sus propios recursos podrá renovar la carga de sus acumuladores. El gobierno francés construirá en 1899 ocho submarinos de este tipo. - X.

tancia de 40 millas, portándose durante la travesía admirablemente á pesar del mal estado del mar. Y como sus acumuladores le habrían permitido volver aún á Tolón sin necesidad de cargarlos de nuevo, se ve que el radio de acción del *Gustavo Zedé* es de 75 á 80 millas, lo que le permite asegurar sobradamente la defensa en un radio de 35 millas.

Además de este submarino, se están construyendo actualmente en los arsenales franceses el *Morse*, del mismo tipo que el *Gustavo Zedé*, pero algo más pequeño, y el *Narval*, que será un submarino no sólo de

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MEDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 dispon casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL prescrito por los Médicos en los casos de
 ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc.*, 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
 Exigir la Firma WLINSI.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores Laennec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los **RESFRIADOS** y todas las **INFLAMACIONES DEL PECHO** y de los **INTESTINOS**.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las **gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.**

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del **corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S.-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.**

Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la **ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO**
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la **ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO**
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la **ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO**
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^o, 114, Rue de Provence, en PARIS
 la MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Descuñadas de las Imitaciones.

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FA. BRIANT 150 R. RIVOLI
 PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

REMEDIO de ABISINA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura **CATARRO, BRONQUITIS, OPRESION**
ASMA
 y toda afección Espasmódica de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FARRÉ y C^{ie}, Vicos, 102, R. Richelieu, Paris.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVOËL DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



CARTÓN PARA EL CUADRO «LA PAZ» DESTINADO AL ARSENAL DE BERLÍN, obra de Federico Geselschap

Las
Personas que conocen las

PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente volver á empezar cuantas veces sea necesario.

APIOLINA CHAPOTEAUT
NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

VINO AROUD

CARNE-QUINA
MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR
Prescrito por los Médicos

Este vino de un gusto exquisito con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: *Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza, etc.*
102, Rue Eichelieu Paris, y en todas farmacias del Extranjero.

Jarabe de Digital de LABELONYE

Empleado con el mejor exito contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.

G **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTE**
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

PILDORAS DE REDUCCIÓN DE MARIENBAD

OBESIDAD
tratada con éxito desde hace 30 años con las

En las principales Farmacias
del D^r SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ta} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en poción ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc.* Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

de los Dres **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN